

**CB  
92**

**Matthieu Collin**

# **El libro de los Salmos**



**EDITORIAL VERBO DIVINO**  
Avda. de Pamplona, 41  
31200 ESTELLA (Navarra)  
1997

# H

ace ya veinte años apareció el Cuaderno nº 11, *Para rezar con los Salmos*, de M. Mannati; luego, otros dos Cuadernos hablaron de la lectura cristiana de los Salmos (nº 25) y de su vocabulario (nº 71). Pero faltaba una presentación de conjunto del Salterio y sobre todo una guía para leer y rezar estos viejos textos. Le hemos pedido a un biblista benedictino, Matthieu Collin, de la abadía de Nuestra Señora de La Pierre-qui-vire, que nos hiciera compartir su amor a los Salmos. Su experiencia cotidiana de esta plegaria, profundizada por la enseñanza de la Biblia, lo ha llevado a ver en ellos el eco y el resumen de toda la Biblia, así como el eco y el resumen de la experiencia humana. Estos dos puntos de vista son complementarios, aunque cada cual puede sentirse más atraído por uno o por otro.

Ciertamente, no se pueden rezar los Salmos sin cierto aprendizaje, pero todos los creyentes pueden ser aprendices en este terreno: les basta con dejarse arrastrar, pacientemente, por esos caminos que recorren los creyentes, judíos y cristianos; son caminos seguros que llevan a Dios. ¿Por qué no confiar en estos caminos que siguió el mismo Jesús? ¿No hizo él suyas las quejas y las alabanzas de sus hermanos de Israel? ¿No encontró en estos salmos las palabras para decir al Padre su confianza, su gozo y su súplica?

Philippe GRUSON

# ENTRAR EN LOS SALMOS

## Del grito a la escritura

### EL SALMO, UN GRITO

D. Rimaud, buen conocedor de los salmos y poeta, ha podido escribir: «El salmo es un grito antes de ser un texto; por consiguiente, al leer el salmo hay que encontrar el grito bajo lo que dice el texto». Hay muchos salmos que indican este origen:

«Escúchame cuando te invoco, Dios, defensor mío» (Sal 4,2).

«Escucha, oh Dios, la voz de mi lamento» (Sal 64,2).

«Amo al Señor, porque escucha mi voz suplicante, porque inclina su oído hacia mí» (Sal 116,1).

Ha sucedido algo imprevisto; sorprendido por lo ocurrido, asombrado por lo inesperado, alguien ha gritado... Y luego él mismo, o más frecuentemente un testigo, ha querido guardar el recuerdo de aquel grito, recordar lo que le había enseñado aquel suceso; entonces cantó:

«Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré» (Sal 22,23).

«Lo que oímos y aprendimos, lo que nuestros padres nos contaron» (Sal 78,3).

### ESCRITO PARA RECORDAR

En Israel, como en todos los países de tradición oral, no se cuentan las cosas para agradar a los oyentes; se cuentan para atestiguar. No se pone por escrito un relato para enriquecer el repertorio o para componer una obra literaria, sino para enriquecer la memoria de la familia, del clan, del pueblo de Dios. Finalmente, se conserva el escrito para que otros aprendan a leer también lo que a ellos les sucede, para que encuentren palabras con que expresar su propio grito, para que recen también ellos. El salmo 117 resume perfectamente este proceso:

«Alabad al Señor, todas las naciones,  
aclamadlo todos los pueblos.

Firme es su misericordia con nosotros,  
su fidelidad dura por siempre».

En su historia, Israel ha tenido la experiencia del amor invencible de su Dios e invita a todos los pueblos a entrar en esta alabanza, convencido de que también a ellos les afecta lo que le ha ocurrido a él.

## LITURGIA Y EXPERIENCIA

Cuando leemos los salmos, cuando los cantamos en la liturgia, nuestro acto de lectura debería permitirnos recuperar ese grito, más aún, hacer nuestra la experiencia de vida que suscitó aquel grito:

«Señor, escucha mi voz;  
que mi grito llegue hasta ti.  
[...]

Quede esto escrito para la generación futura,  
y el pueblo que será creado alabaré al Señor»  
(Sal 102,2.19).

Si nos ha embargado una gran angustia, si hemos podido salir de ella vencedores, ¿cómo no sentir en nosotros el grito del salmista?:

«Yo esperaba con ansia al Señor;  
él se inclinó y escuchó mi grito;  
me levantó de la fosa fatal,  
de la charca fangosa;

afianzó mis pies sobre roca  
y aseguró mis pasos» (Sal 40,2-3).

Si sentimos una gran alegría, ¿por qué no utilizar la acción de gracias del salmista y compartir su grito de gozo?:

«Dios mío, mi corazón está firme,  
para ti cantaré y tocaré, gloria mía.  
Despertad, cítara y arpa,  
despertaré a la aurora.  
Te daré gracias ante los pueblos, Señor,  
tocaré para ti ante las naciones:  
por tu bondad, que es más grande que los cielos;  
por tu fidelidad, que alcanza a las nubes»  
(Sal 108,2-5).

Pero aquel a quien nunca le pasa nada en la vida, o que deja que todo pase por su vida, siempre encontrará los salmos demasiado concretos y demasiado radicales; nunca entrará en los poemas de los salmistas ni en sus cantos. Sólo una persona viva podrá oír los gritos de alegría o de pena que lanzan otros seres vivos.

## La estructura de los salmos

La forma literaria más eficaz para guardar la memoria de un acontecimiento, y permitir sobre todo su continuidad en el recuerdo, es el *poema*. No se trata tanto de escribir lo que pasó –lenguaje informativo– cuanto de hacer que se sintonice con lo que pasó y permitir que se comulgue con la misma experiencia –lenguaje de comunión–. Es el deseo de compartir, y a la postre el amor, lo que engendra el relato poético. Los salmos son poemas y muchas veces poemas de amor que los hijos de un mismo pueblo, de un mismo Padre, comparten y se transmiten con el correr de los años.

Pero aquí no hemos de engañarnos; la poesía bíblica, como toda poesía digna de este nombre, no es

ante todo un *objeto estético*, algo para deleitar y mucho menos para recrearse uno a sí mismo, sino un *objeto artesanal*. La poesía es ante todo un instrumento para ayudar a la memoria, para conservar la tradición. El salmo es un poema bíblico, es decir, un instrumento para recordar la tradición de un pueblo; es un instrumento que todo usuario recibe y que debe tomar en la mano y agarrarlo con fuerza. Como todo instrumento, hay que tomarlo como es, como ha sido fabricado, con sus palabras seleccionadas y repetidas, con sus frases organizadas en un todo coherente y eficaz. Hay que aprender a leer ante todo la estructura de los salmos.

## LAS PALABRAS

Las *palabras-clave* se repiten y forman frecuentemente *inclusión*: aparecen al principio y al final del salmo. Hay que saber encontrarlas y observar si no cambian de sentido de un empleo a otro. El salmo 6 nos ofrece un ejemplo claro (que, por desgracia, no recoge la traducción del Libro de las Horas): en los vv. 3-4 y 11 —comienzo y final del salmo— vemos la repetición de la palabra «temblar»; pero este temblor ha pasado, a lo largo del salmo, del salmista a sus enemigos. Dice así la traducción literal:

«Misericordia, Señor, que desfallezco;  
que *tiemblo* con todos mis huesos;  
con toda mi alma *tiemblo* [...]

Que tengan vergüenza y *tiemblen* mis enemigos;  
que avergonzados huyan al momento».

El salmo 29 nos ofrece un juego más sutil: tenemos aquí una inclusión compleja, repetición simétrica de palabras o de sinónimos en los dos extremos del salmo (1-2 y 9.11):

«Aclamad la *gloria* y el *poder* del Señor.  
Aclamad la *gloria* del nombre del Señor,  
postraos ante el Señor, deslumbrante de **santidad**.

[...]

En su **santuario** un grito unánime: ¡*gloria!* [...]

El Señor da *poder* a su *pueblo*,  
el Señor bendice a su *pueblo* con la paz» (traducción literal).

Podrían multiplicarse los ejemplos. La obra excelente de J. N. Aletti - J. Trublet (cf. 'Para proseguir el estudio', p. 64) nos ofrece una lista de ellos en pp. 28-33.

Las *palabras en serie* son repeticiones de la misma palabra o de palabras sinónimas a lo largo del salmo. El salmo 29 es un ejemplo típico con sus siete repeticiones de la palabra «la voz del Señor» (vv.

3.4.4.5.7.8.9). Otro ejemplo muy conocido es el de las estrofas del salmo 119 que van desgranando, en orden diferente, las ocho palabras de la Ley: «leyes, preceptos, decretos, mandatos, mandamientos, palabras, voluntad, promesas». Cada uno de los 176 versículos (excepto el v. 122) contiene al menos una de estas palabras.

Las *palabras-gancho* son palabras que se repiten en alternancia; constituyen *figuras paralelas* que se remiten unos a otros. Los mejores ejemplos se encuentran en los que se suelen llamar «salmos de ascensión» (Sal 120-134). Así el salmo 121:

«Levanto mis ojos a los montes:  
¿de dónde me *vendrá el auxilio*?  
*El auxilio me viene* del Señor,  
que hizo el cielo y la tierra.

No permitirá que resbale tu pie,  
tu guardián *no duerme*;  
no *duerme* ni reposa  
el guardián de Israel.

El Señor te guarda a su *sombra*,  
está a tu derecha;  
de día *el sol* no te hará daño,  
ni *la luna* de noche.

El Señor te guarda de todo mal,  
él guarda tu alma;  
el Señor guarda tus entradas y salidas,  
ahora y por siempre».

## LOS ESTRIBILLOS

Hay estribillos que estructuran ciertos salmos a modo de repetición. El ejemplo típico es el Salmo 46 que repite dos veces (vv. 8 y 12, pero probablemente también entre los vv. 4 y 5):

«El Señor de los ejércitos está con nosotros,  
nuestro alcázar es el Dios de Jacob».

Pensemos también en el Sal 42,6.12, que prosigue en el Sal 43,5; en el Sal 57,6.12; en el Sal 59,7.15 y 10,18, en el Sal 107,6.13.19.28 y 8.15.21.31, por no citar más que algunos ejemplos significativos.

El estribillo será a veces un verdadero *leitmotiv*, como en el caso del Sal 136: «Porque es eterna su misericordia». Otras veces, por el contrario, será una simple inclusión, como en el Sal 8,2.10.

---

## UNA INVESTIGACIÓN MODERNA

---

Algunas investigaciones contemporáneas han querido sistematizar esta atención al texto y a sus estructuras; hoy se habla de buen grado de *análisis estructural* (o *retórico*) de los salmos. Una de las obras maestras en este terreno, la de J. N. Aletti y J. Trublet, ya indicada, define así este método: «Señalando las repeticiones, las acumulaciones y las series de términos afines u opuestos, destacando los paralelismos que figuran en un salmo, se ve aparecer casi siempre una estructura de tipo alterno o concéntrico, con una infinidad de variantes» (p. 9). Los autores creen que es posible reconocer esta organización literaria en unos 120 salmos. Otros no vacilarían en extender esta fórmula a todos.

Semejante método es evidentemente muy rico y

fecundo si se practica con mesura. Sin embargo, uno de los límites de estas investigaciones —sobre todo si se utilizan sin recato— es que se apoyan en análisis literarios, como si los salmos fueran *textos escritos*, siendo así que son ante todo *textos orales*. Estos poemas no se han hecho para ser leídos, sino para ser *oídos y cantados*. La escritura en versículos, en estrofas, las estructuras paralelas o concéntricas pueden ayudar al ojo y a la memoria, pero para el que los oye, son ante todo *palabras* que se repiten, que vuelven, que se transforman, *estribillos* que ponen ritmo a un texto, *imágenes* que corren a lo largo del poema, que dan tono a un relato.

«En un texto oral no hay párrafos para los ojos, Pero hay palabras-signos que se hacen oír y que anuncian una articulación del relato o del pensamiento [...]. En otros casos, es una fórmula que se repite como un *leitmotiv*: “Tú, oh Dios, eres mi alcázar” (Sal 59,10.18). Al principio, esos *lectores* que somos nosotros buscarán *con los ojos* en el texto esas repeticiones-signo. Conviene subrayarlas, para acostumbrarse a ellas, ya que se trata de indicadores preciosos. Pero *hemos de habituar nuestros oídos poco a poco a escucharlos* [...]. Sobre todo, habrá que descubrirlos gracias al sabor que toman en nuestra boca: cada uno tiene su propio sabor, enriquecido por el recuerdo de las experiencias pasadas y reavivado sin cesar por el deseo y el hambre» (J. Gelineau. *Traité de la psalmodie*, pp. 17-18).

## La poesía hebrea

En esta misma línea de la oralidad, hay que subrayar la importancia de la *lengua de los salmos*. Evidentemente, sólo un acercamiento a la lengua hebrea puede llegar hasta el fondo de esta atención, pero in-

cluso en las traducciones —siempre ha habido traductores atentos a este arte poético— la audición de la lengua de los salmos sigue siendo esencial para el que quiera entrar de veras en estos poemas.

## LAS SEÑALES SONORAS Y LOS RITMOS

«Los medios sonoros de que dispone el poeta son: *las aliteraciones, las asonancias, las rimas, la insistencia en varios sonidos emparentados o diferentes*» (L. Alonso Schökel). Puede decirse que las rimas son inexistentes en la poesía hebrea, pero las asonancias (repetición de las mismas vocales) y las aliteraciones (repetición de las mismas consonantes) son frecuentes. Pongamos dos ejemplos: el Sal 122,6 juega con las consonantes *sh, l* y *m*, que forman la palabra *shalom*; se oye entonces en el versículo «paz, paz, paz», como un *ostinato* musical:

*Shaalū shelom Yerushalaim  
yishlayū ohavaikh.*

«Desead la paz a Jerusalén:  
¡la paz contigo!».

El salmo 140,4 juega también con las consonantes *sh* y *n*, cuyos sonidos repetidos evocan el rumor de los que traman un complot:

*Shanenu leshonam kemo-naḥash.*  
«Agitan su lengua como serpiente».

Según J. Gelineau, «el salmo superpone varios ritmos: el *ritmo del versículo* concedido a la respiración, el *ritmo del hemistiquio* concedido al bilateralismo del cuerpo, el *ritmo de la pulsación* engendrado por la agrupación de sílabas en palabras-medidas; el *ritmo silábico*» (p. 26). Precisemos con él algunos de estos ritmos. «El genio del salmo está en hacer que la unidad poética de base, el *versículo*, se corresponda con la duración de una respiración tranquila [...]. El recitado del versículo se hará con una respiración igual y controlada, sin sacudidas, en dos oleadas iguales –los *hemistiquios*–, con una pausa intermedia, según la estructura poética del versículo sálmico» (p. 9). Además, «el elemento estructural de estos dos ritmos super-

puestos depende por entero de la pausa que separa –y une– dos versículos, dos hemistiquios [...]. El movimiento del salmo no se detiene. Pero en el transcurso de la duración poética, los silencios tienen tanta importancia como la palabra» (p. 26) y participan también en el ritmo.

«En la poética del salmo hebreo no parecen determinantes ni la duración ni el número de sílabas. Al contrario, se descubren fácilmente series de *palabras-medidas* cuya duración se relaciona con la *pulsación* [...]. Por ejemplo el comienzo del Salmo 34: “Bendigo al Señor en todo momento” está compuesto por tres medidas organizadas en torno a tres palabras principales: *bendecir, Señor, todo*. Por eso los llamamos palabras-medidas. Su sucesión evoca tres pulsaciones» (p. 12).

Finalmente, dentro de cada palabra no todas las *sílabas* tienen el mismo valor; hay *subidas* y *bajadas*; la bajada marca el final de la palabra, acento o apoyo, mientras que la subida permite relanzar el movimiento. Ordinariamente los acentos hebreos recaen en la última (o penúltima) sílaba de las palabras; una posible aproximación podría ser la siguiente:

«Bendigo al Señor en todo momento,  
mi boca por siempre dirá su alabanza».

No siempre las traducciones se cuidan de respetar este ritmo. Pero está claro que la calidad de una traducción dependerá en gran parte de su capacidad de guardar o recrear estos ritmos sin los cuales no existirían ni el salmo ni la poesía.

Esta consideración del ritmo de los salmos parece confirmarse por lo que podemos saber de la rítmica antigua, y se vislumbra en los *acentos musicales* (los *ta'amim*) que añadieron los masoretas en el siglo VII de nuestra era para fijar la tradición sinagoga de la lectura litúrgica, que se remonta al menos al primer siglo d. C. o antes todavía. Más allá de la complejidad del sistema, el principio básico es muy simple; se trata esencialmente de dos indicaciones:

- Lo que debe distinguirse (signos disyuntivos).
- Lo que debe unirse (signos conjuntivos).

Se habrá observado que estos signos se quedan en el nivel de las pequeñas unidades, versículos y estrofas. Por lo que se refiere a textos enteros, no conocemos más que la mención *selah*, traducida por «pau­sa», que aparece en 39 salmos (44 en los Setenta), por ejemplo Sal 3,3.5.9; Sal 4,3.5; etc. Podemos pensar que indica una pausa en la lectura o en el canto.

---

## LOS PARALELISMOS

---

El versículo es la unidad poética de base de los salmos; normalmente está compuesto por dos, y a veces por tres, miembros. Estos miembros o signos son generalmente paralelos y van íntimamente ligados en cuanto a su sentido. Se distinguen los *paralelismos sinónimos*, en donde el segundo hemistiquio hace eco al primero:

«El cielo proclama la gloria de Dios,  
el firmamento pregon­a la obra de sus manos»  
(Sal 19,2).

Este paralelismo puede duplicarse en dos versícu­los:

«A voz en grito clamo al Señor,  
a voz en grito suplico al Señor;  
desahogo ante él mis afanes  
expongo ante él mi angustia» (Sal 142,2-3).

También puede haber *paralelismos antitéticos*, en donde el segundo hemistiquio se opone al primero:

«Los ricos empobrecen y pasan hambre,  
los que buscan al Señor no carecen de nada»  
(Sal 34,11).

Finalmente pueden darse *paralelismos sintéticos*, en donde el segundo estico recoge una parte del pri­mero y la completa:

«Cantad al Señor un cántico nuevo,  
cantad al Señor, toda la tierra;  
cantad al Señor, bendecid su nombre.

Proclamad día tras día su victoria,  
contad a los pueblos su gloria,  
sus maravillas a todas las naciones»  
(Sal 96,1-3).

¿Para qué sirven estos paralelismos? Subrayan ciertos temas, los desarrollan, los conjugan entre sí, pero en general no añaden nada nuevo en el nivel del sentido. Los paralelismos dan tiempo para que el fiel se impregne bien de lo que dice, ahonde en su senti­do, entre en el movimiento mismo de la meditación, de la oración. Dan tiempo a que la palabra produzca su efecto.

---

## LA LENGUA HEBREA

---

El hebreo es una *lengua concreta*, una lengua de las cosas, real. Se presta admirablemente a la narra­ción y se presenta como un admirable lenguaje poéti­co, lleno de riqueza y de color. No utiliza de ordinario palabras abstractas, las ignora habitualmente, sin que esto le impida expresar las cosas más profundas y más íntimas por medio de imágenes y de comparaciones. ¡Y esto desconcierta a nuestra lógica occidental!

La lengua hebrea trata también el *tiempo* de otra manera. No es sensible a la diferencia entre el pasado, el presente y el futuro: se detiene en el movimiento y podemos preguntarnos entonces si la acción se acaba o no se acaba; de ahí ese sentimiento instintivo de la duración abierta al porvenir. Para ella, en ella, el pasa­do no se borra jamás, el futuro nunca está lejano, todo se mantiene en un presente que se resume y se re­nueva. ¡Un nuevo reto para los pobres traductores!

J. Gelineau expresa esto muy bien cuando habla de las *imágenes y figuras* en los salmos: «Todo se

mueve en los salmos. Nada de términos abstractos ni de palabras muertas. Cada nombre es una figura, cada sustantivo es una imagen, cada verbo es una acción y un desplazamiento [...]. Unas veces los juegos de imágenes representan ante mis ojos lo invisible: la acción misma de Dios, sus intervenciones en este mundo, que se denominan “sus juicios”:

“Has perdonado la culpa de tu pueblo,  
has sepultado todos sus pecados,  
has reprimido tu cólera,  
has frenado el incendio de tu ira” (Sal 85,3-4).

»Otras veces sugieren gestos de vida y de ternura, las realidades más íntimas, el encuentro, la reconciliación, las bodas de Dios con la humanidad, la encarnación misma:

“La misericordia y la fidelidad se encuentran,  
la justicia y la paz se besan;  
la fidelidad brota de la tierra,  
y la justicia mira desde el cielo” (Sal 85,11-12).

»El salmo no nos ofrece conceptos, sino figuras de la relación entre Dios y los hombres. Si queremos seguir debidamente su camino —y no el de nuestro propio razonamiento— hemos de dejarnos guiar por el desfile de imágenes que subyace tras cada palabra, dejarnos arrastrar por la sugerencia del gesto que se evoca:

“Me llega el agua al cuello;  
me estoy hundiendo en un cieno profundo  
y no puedo hacer pie;

he entrado en la hondura del agua,  
me arrastra la corriente...

Arráncame del cieno, que no me hunda...,  
y de las aguas sin fondo” (68, 2-3.15-16).

»Lo que para mí es el cieno y el barro, las aguas sin fondo y la hondura del pozo, se descubrirá en mis repulsas, mis temores, mis remordimientos, mis anhelos. Y la salvación que pido es la que desea mi corazón. Es verdad que, al traducirse, muchas palabras de los salmos se presentan como abstractas: verdad, fe, ley, justicia, juicio, espíritu, gloria, etc. [...] Pero su etimología nos enseña su valor concreto. En hebreo, la *verdad* (que tiene la misma raíz que la palabra *Amén*) es sólida como un poste clavado en la tierra, inquebrantable como una montaña; la *fe* se apoya sólidamente en algo fiable; la *gloria* pesa; la *ley* muestra las costumbres de Dios con el hombre; sus *juicios* son sus intervenciones en nuestra historia; el *espíritu* es el soplo, etc. [...].

»Así nos acostumbraremos al juego de figuras que emplea el salmo. Generalmente se parte de los elementos del *cuerpo humano*: los pies, los riñones, el corazón, la boca, los ojos, las manos; ese cuerpo está situado en la *naturaleza*, que ofrece un camino tortuoso o un sendero recto, un sentimiento superficial o profundo, unos días y unas noches, lo que se mueve y lo inmutable; nos encontramos allí con *otros hombres*, buenos y malos, poderosos y débiles; todo el *universo* en el que se juega mi destino» (*Traité de la psalmodie*, pp. 15-16).

## El simbolismo del Salterio

Como en todo lenguaje poético, el elemento simbólico tiene una gran importancia en el lenguaje de los salmos. Las palabras y las realidades cotidianas se utilizan para sugerir algo superior a ellas mismas.

Hasta ahora se ha observado sobre todo que esta realidad simbólica se apoyaba en unos *datos antropológicos universales*, en el mundo de la imaginación que impregna a todo ser humano. Todos los estudios

recientes se apoyan en las obras de G. Durand (*Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, Bordas 1969) que ha intentado describir los símbolos y más todavía buscar sus agrupaciones espontáneas según los «gestos del cuerpo».

L. Monloubou (*L'imaginaire des psalmistes. Psalms et symboles*, Cerf, París 1980) cree que este sistema puede muy bien aplicarse a los Salmos. Resume de esta forma su pensamiento: «Fuente del simbolismo que ilumina el texto sálmico, fuente profunda y oculta, el cuerpo es ciertamente el punto de encuentro primordial a partir del cual el hombre construye su representación del mundo, de la sociedad..., de Dios mismo». Y concluye con esta fórmula: «¡Ese simbolismo que viene del cuerpo!» (p. 134).

Concretamente L. Monloubou ha reducido las categorías de G. Durand a tres actitudes antropológicas fundamentales: *en pie*, *sentado*, *caminando*. El hombre *en pie* aparece frente a su universo, levantándose para escapar del peligro. Le corresponden los símbolos de la montaña, del pájaro y de la luz, del sol y del Altísimo...; ese hombre también *se separa*: lo cual corresponde a la trascendencia, a la purificación, al juicio, a la venganza... El *hombre sentado* es el que acoge en la intimidad y en la búsqueda del reposo. Los símbolos característicos son los de la casa, el espacio sagrado, el refugio... y también la esposa-madre, la copa y el alimento... El *hombre caminando* es el que avanza y se arriesga. Los símbolos asociados se relacionan con la *orientación hacia una meta*, pero también con el *dominio del futuro*, con lo que esto supone de progreso y de fecundidad...

Esta perspectiva antropológica y universal es sin duda importante, pero cuando se trata de los salmos obliga, ciertamente, a tener en cuenta que su simbolismo es sobre todo un *simbolismo bíblico*, basado en la imaginación de un pueblo marcado por una historia singular. Esta imaginación se arraiga en la cultura del Próximo Oriente antiguo, pero sobre todo está forjada en las experiencias históricas de Israel. Tendremos ocasión de repetirlo cuando hablemos de los salmos como «eco y resumen de la Biblia» (p. 42). Limitémosnos a poner aquí algunos ejemplos:

*El hombre en los salmos* es ante todo «imagen y semejanza de Dios», sujeto de la promesa y de la alianza; es el peregrino del Éxodo y del Templo. Se resume en David, en el profeta y en el sabio; algún día será el hijo del hombre, Jesús.

*La montaña de los salmos* es la del Sinaí, antes de ser la del Tabor y la de Jerusalén (cf. el estudio del Sal 68, p. 42); simboliza la morada de Dios, la celebración de sus victorias y el don de su Ley. Algún día será la montaña de las enseñanzas de Cristo, la de su muerte y la de las apariciones del Resucitado.

*Las aguas* son las del océano primordial sobre las que aletea el Espíritu, las del diluvio, las del Mar de las Cañas, las del Jordán; indican entonces la creación, la liberación y el paso antes de indicar el bautismo y el don de la nueva vida.

El mundo imaginario de los salmos es un *mundo imaginario universal*, pero ante todo y sobre todo es un *mundo imaginario bíblico*, forjado por la experiencia de Israel.

## DAVID Y LOS SALMOS EN LA TRADICIÓN JUDÍA

«Lo mismo que Moisés dio cinco libros de leyes a Israel, también David dio cinco libros de salmos a Israel (y *el texto enumera los cinco libros, citando el primer versículo de cada salmo inicial*)... Finalmente, lo mismo que Moisés bendijo a Israel con las palabras: “Bendito seas, Israel...” (Dt 33,29), también David bendijo a Israel con estas palabras: “Bendito sea el hombre...” (Sal 1,2)» (*Midrash Tehillim*).

Resumimos aquí la tradición judía (según la Introducción de una edición reciente de *Tehillim*, por A. C. Feuer, Colbo, 1990).

El mundo fue creado para que subiera un canto de gozo a Dios su creador (cf. Sal 19,2). Dios había nombrado a Adán maestro de coro del universo entero, pero Adán se dejó caer en el pecado y arrastró al mundo en su caída. En su arrepentimiento, recorrió la historia venidera, buscando en ella el alma única que devolviera al mundo su capacidad de cantar la gloria de Dios. Y descubrió a David.

Hubo que aguardar 350 años a que el profeta Samuel fuera enviado por Dios para ungir a David. David no era un hombre perfecto, pero estaba siempre a la escucha de la Palabra del Señor. El Salterio es un verdadero diario de guerra, que relata el combate entre el bien y el mal que se desencadenaba dentro de David y a su alrededor. Por eso es el canto recuperado de la humanidad.

Cualquiera puede celebrar a Dios cuando contempla un milagro; pero sólo un hombre excepcional puede seguir cantando cuando está aplastado y oprimido. En el conjunto de las Escrituras no se encuentra a nadie que haya sufrido

tantas desdichas como David; sin embargo, cada prueba hacía brotar el canto de sus labios. Cuanto más vigorosamente se pulsaban las cuerdas del arpa, más fuerte es su sonido; cuanto más pulsaba Dios el corazón de David por el sufrimiento y la aflicción, más bellos y fuertes eran sus cantos. Éste es el maravilloso secreto de los salmos.

Una de las cualidades propias de David es haber sabido reconocer su pecado. Sólo él supo provocar con su arrepentimiento un renacimiento espiritual en todo Israel. Muchos hombres han compuesto maravillosos himnos a Dios, pero sus cantos se limitan a sus experiencias personales. David superó esos estrechos límites. En los salmos se expresa cada uno de los matices de la emoción humana. David deseaba que cada uno –incluso en todas las naciones– pudiera encontrar en ellos una consonancia con los acontecimientos de su vida. Por eso dio al universo entero los cantos que volvían a abrir el camino de la alabanza al Creador.

Según la tradición, las tres letras del nombre de Adán (ADM) resumen esta historia: son las iniciales de Adán, de David y del *Mashiah*, el Mesías: lo que había comenzado Adán, lo continuó David y lo cumplirá el Mesías. Con el Mesías, después de David, se levantará de nuevo en plenitud la melodía universal para no interrumpirse jamás.

Atrevámonos a prolongar esta tradición: cuando Jesús fue reconocido como Mesías, hijo de David y nuevo Adán, cumplió las esperanzas de Israel y llevó a su perfección el canto de los salmos, el canto renovado de toda la humanidad.

## EL SALMO 1

1. Dichoso  
que no sigue el consejo  
ni entra por el CAMINO  
ni se sienta en la reunión  
**el hombre**  
*de los impíos*  
*de los pecadores*  
*de los cínicos*
2. **SINO QUE**  
su gozo es la ley del Señor  
y medita su ley  
día y noche.
3. *como* un árbol  
[ÉI] será  
en el borde de la acequia  
da fruto en su sazón  
y no se marchitan sus hojas  
y cuanto emprende tendrá buen fin.
4. No así la suerte *de los impíos*  
**SINO QUE**  
serán *como* paja  
que arrebatara el viento:
5. en el juicio *los impíos*  
no se levantarán  
en la asamblea  
*ni los pecadores*  
*de los justos.*
6. Porque el señor conoce  
el CAMINO  
pero el CAMINO  
de los **justos,**  
*de los impíos*  
acaba mal.

# Cinco ejemplos de lectura

## EL SALMO 1

Repasemos el Salmo 1, tal como figura en el cuadro adjunto, con un lápiz de color en la mano, subrayando las palabras que se repiten en el texto: «*los impíos*» (1.4.5.6), «el CAMINO» (1.6.6), «los *pecadores*» (1.5), **SINO QUE** (2.4.6), «la *ley*» (2.2), «*como*» (3.4.), «los **justos**» (5.6).

Intentemos poner un poco de orden: en los vv. 1 y 6 (comienzo y final del salmo) se repite tres veces la palabra CAMINO: nos ofrece un tipo claro de inclusión. En el v. 1 se trata del «CAMINO de los *pecadores*», puesto en paralelismo con el «consejo de los *impíos*»; en el v. 6, se trata de una oposición entre «CAMINO de los **justos**» y «CAMINO de los *impíos*». Y si ya el v. 1 ponía en guardia contra ese «CAMINO de los *pecadores*», la conclusión no deja lugar a dudas: se abre una opción entre los **justos** que hacen su CAMINO bajo la mirada del Señor y los *impíos* que caminan a su perdición.

Pero se habrá observado que la palabra-clave: «CAMINO», repetida como inclusión, se mezcla con las palabras-series «*impíos-pecadores*» y «**justos**», que están en oposición. En esta temática hay que incluir la expresión: «*los cínicos*», pero también al «**hombre**» (v. 1), que está claramente del lado de los «**justos**», y su repetición en el v. 3: «**él** será». Desde el principio hasta el fin del salmo, se trata de oponer estos dos tipos de humanidad.

Las dos comparaciones anunciadas por «*como*»

también tienen que ver con esta oposición; se subrayan mediante las dos conjunciones «**SINO QUE**», que estructuran fuertemente nuestro texto.

El «pero» del versículo 6 es en hebreo una conjunción válida para todo, que tiene aquí un sentido adversativo, y que no tiene el mismo valor que el «sino que» anterior. Aparecen entonces claramente los paralelismos antitéticos entre los vv. 1 y 5, que se perciben mejor todavía en hebreo, en donde se hacen eco las palabras «por la senda» (*ba-'atsat*) y «en la asamblea» (*ba-'adat*). También se oponen con claridad las dos imágenes: «el árbol» y «la paja».

## Conclusión

En el centro del poema (vv. 3-4) se encuentra la oposición que resume todo lo demás:

«Cuanto emprende (**el hombre justo**), tiene buen fin;  
no así la suerte de los *impíos*».

Esta oposición se repetirá y se universalizará en la conclusión, donde interviene, como hemos visto, la ratificación de este juicio.

De este modo, como prólogo a todo el salterio, se nos presenta la gran oposición que corre a través de todo el libro y de la historia, así como su solución definitiva, a la luz de la salvación ofrecida por Dios. El justo es bienaventurado porque lo conoce Dios; el impío va hacia su perdición; el justo se mantiene en pie y da fruto, el malvado no puede resistir y se le eliminará de la existencia humana.

**EL SALMO 51,3-11** (traducción T. O. B.)

3. Ten piedad de mí, Dios mío según tu fidelidad  
según tu gran misericordia  
**BORRA** mis **culpas**.
4. Lávame sin cesar de mi falta  
y de mi **PECADO**  
**purificame**
5. Sí *yo* reconozco mis **culpas**,  
[tengo] siempre ante *mí*. mi **PECADO**
6. Contra **tú**, contra **ti** solo *yo* **PEQUÉ**  
lo que está mal a **tus** ojos *yo* lo he hecho.  
Así, [**tú**] serás **JUSTO** CUANDO [**TÚ**] HABLES,  
**IRREPROCHABLE** CUANDO [**TÚ**] JUZGUES.
7. He aquí, en la falta  
y *yo* nací  
en el **PECADO**  
me concibió **mi** madre.
8. He aquí, **tú** amas la verdad  
en las tinieblas,  
en mi noche,  
[**tú**] me haces conocer la sabiduría.
9. Quita mi **PECADO** con el hisopo  
y **seré puro**;  
lávame y estaré blanco,  
más que la nieve.
- [10]
11. Apártate ante mis **PECADOS**,  
todas mis faltas,  
**BÓRRALAS**.

## EL SALMO 51

La primera parte del salmo 51 desarrolla todo el vocabulario del pecado.

Lo primero que hay que advertir es la inclusión que existe entre las dos expresiones: «**BORRA** mis culpas» (v. 3) y «mis faltas, **BÓRRRA**las» (v. 11), que delimita la primera parte del salmo. Se puede observar igualmente la correspondencia entre las dos súplicas: «Ten piedad de mí» y «apártate» al comienzo de los mismos versículos: así se refuerza la inclusión.

Si se prosigue el examen en el terreno de los **verbos**, se perciben enseguida las correspondencias: «**lávame**» (4.9), «**purifícame**» (4), y «**seré puro**» (9); «yo **reconozco**» (5) y «me haces **conocer**» (8); esto dibuja ya una hermosa estructura concéntrica.

Subrayemos los **sustantivos** que se repiten: en primer lugar «mis **culpas**» (3 y 5), pero sobre todo «**falta**» que aparece tres veces (4.7.11) y «**PECADO**», cinco veces (4.5.7.9.11), más una vez en forma verbal (6). Se observan también los **adverbios**: «he aquí» (7.8) y «sí» (5), que podrían corresponderse.

Se perciben fácilmente las correspondencias de los vv. 4 y 9 con tres palabras repetidas en un orden diferente; también se puede observar la estructura de los vv. 5 y 6 con los paralelismos sinonímicos y las oposiciones en torno a los pronombres personales de primera y segunda persona; algo parecido se nota en los vv. 7 y 8, paralelismos sinonímicos (reforzados por los dos «he aquí») y la oposición «yo-tú». Estas dos pequeñas estructuras se basan en dos frases que se corresponden:

«Sí, yo **reconozco** mis **culpas**...» (5).  
«[**Tú**] me haces **conocer** la sabiduría...» (8).

Hemos prescindido en nuestro texto del v. 10, en

donde se puede constatar que el vocabulario es extraño a esta primera parte del salmo y que corresponde más bien a la segunda (12-19); por eso hemos relacionado éste v. 10 con los vv. 12-19, y el v. 11 con los vv. 3-9, un verdadero corchete entre las dos partes.

Volviendo a la primera parte, podemos reconocer en ella un gran movimiento concéntrico en torno a los dos últimos hemistiquios del v. 6:

«ASÍ, [**TÚ**] SERÁS **JUSTO**, CUANDO [**TÚ**] HABLES;  
IRREPROCHABLE, CUANDO [**TÚ**] JUZGUES».

### Conclusión

Tenemos entonces, en el centro, la *justicia* y el *juicio* divinos, cuyo carácter eficaz no cesa de manifestar la Biblia: al juzgar, Dios justifica, da su gracia y su perdón al pecador que le implora. Es el mismo Dios cuya misericordia y fidelidad (3) se imploraba y del que se nos dice que «ama la verdad» y «hace conocer la sabiduría» (8) en medio de las tinieblas del mal. Así, en el corazón de esta primera parte del salmo, aparentemente dominada por la confesión del pecado, lo que destaca es la *victoria de Dios sobre el pecado y sobre el mal*. Por eso precisamente esta confesión del pecado desemboca en alabanza por la salvación de Dios, como lo manifiesta toda la segunda parte articulada sobre los vv. 14 y 16:

«Devuélveme la alegría de tu salvación,  
afíanzame con espíritu generoso...;  
¡Líbrame de la sangre, oh Dios,  
Dios, Salvador mío,  
y cantará mi lengua tu justicia».

La confesión del pecado no es enclaustramiento en la propia miseria, sino camino de alabanza hacia el Dios que salva y que perdona: el Evangelio no dirá otra cosa.



## EL SALMO 85

Basta con recorrer rápidamente el salmo para distinguir dos palabras que lo atraviesan y que nos dan sin duda la clave: «**TIERRA**» (2.10.12.13) y «**VOLVER**» (2.4.5.7.9). Hay que añadir «**PUEBLO**» (3.7.9). Se observará finalmente la repetición regular de «**Señor**» (2.8.13), «**Dios**» (5) y «**Señor Dios**» (9), con dos alusiones pronominales: «**tú que**» (7).

Encontramos agrupadas de forma desigual otras palabras: «**salvación**» (5.8.10), «**dar**» (8.13.13) y «**amor**» (8.11), «**JUSTICIA**» (11.12.14), «**cólera**» (4.6), «**paz**» (9.11) y «**verdad**» (11.12).

Hay que observar además los grupos de sinónimos (los hemos alineado en columna cuando ha sido posible); primero, los verbos («has quitado», «has cubierto», «has puesto fin», «has vuelto» (3-4); «se encuentran», «se abrazan» (11), «caminará», «trazarán el camino» (14), y en oposición: «germinará», «se inclinará» (12). También en los nombres: «furores», «cólera» (2 veces), «resentimiento», «irritado» (4.5.6), «beneficios», «frutos» (13), y en oposición: «**tierra**» y «**cielo**» (12). Se pueden observar además dos expresiones sinónimas de «**PUEBLO**»: «los deportados de Jacob» (2) y «los que temen al Señor» (10), una serie de sinónimos y antónimos: «pecado», «falta» y «gozo», atribuidos al pueblo de Israel.

Se observa que el v. 2 comprende las tres expresiones clave del salmo entero: «**Señor**», «**TIERRA**» y «**VOLVER**», y un sinónimo de pueblo, «los deportados de Jacob»; así, este versículo contiene ya todo el salmo en su resultado (los verbos están todos en tiempo cumplido).

Los vv. 3-7 se recogen en la inclusión marcada por las dos expresiones: «el pecado de *tu PUEBLO*» y «el gozo de *tu PUEBLO*» («tu pueblo se gozará»); aparece en tres ocasiones «**VOLVER**», dos veces aplicado a Dios y una, en el centro, al pueblo; está toda la serie

de palabras que expresan la «**cólera**» de Dios y dos veces la invocación «**Dios**», «**tú**», en relación con las dos expresiones: «**salvación**» y «hacer vivir», que son casi sinónimas. El centro de esta primera parte es, significativamente, una plegaria: «Haznos **VOLVER**, **Dios**, nuestra **salvación**...» (5).

Se vacila a la hora de encontrar la conclusión; de hecho, el vocabulario indica que es más bien el v. 9, que constituye un oráculo de respuesta a la plegaria y donde se encuentran las palabras importantes de esta primera parte: «**Señor Dios**», «**PUEBLO**» y «**VOLVER**». Pero el v. 8 recoge esta plegaria anunciando la segunda parte con sus palabras clave: «**Señor**», «**amor**», «**dar**» y «**salvación**»; esta última palabra forma con el nombre de Dios un lazo entre las dos partes.

### Conclusión

Precisamente esta segunda parte recoge de alguna manera cada una de estas palabras para aplicar la gracia a la «**TIERRA**». Primero, la «**salvación**», que está cerca de un pueblo que teme a Dios y que se cumplirá cuando «la gloria habite en nuestra **TIERRA**» (10). Luego, el «**amor**», que se despliega como «**verdad**», «**paz**» y «**JUSTICIA**», para sembrar la **TIERRA**, brotando de ella, pero al mismo tiempo viniendo del **cielo** (11.12). Finalmente, el «**don** del **Señor**», que se manifiesta en «beneficios», que hacen surgir el «fruto» esperado de esta **TIERRA**, a la que se ha **VUELTO** después del destierro (13).

Y en la conclusión, que es más bien una apertura y una promesa, es el «**Señor**» el que se anuncia, y su misericordiosa bondad la que abre nuevos caminos (14).

De esta forma, sólo mediante el juego de palabras entrelazadas, se dice ya lo esencial sobre el increíble «retorno» de Babilonia y lo que significa la liberación venidera y la comunión con un Dios que ama y que siempre da.

**EL SALMO 119,25-32** (trad. literal)

25. *Mi alma*  
(está) APEGADA al polvo;  
hazme vivir según tu palabra.
26. Yo enumero mis caminos: TÚ me respondes;  
enséñame tus mandamientos.
27. Muéstrame el camino de tus preceptos,  
que yo medite en tus maravillas.
28. *me (a mi alma)*  
ARRANCA LÁGRIMAS: **La tristeza**  
Levántame según tu palabra.
29. Apártame del camino de la mentira  
Concédeme la gracia de tu ley.
30. He escogido el camino de la fidelidad  
Me ajusto a tus decisiones.
31. Me mantengo APEGADO a tus exigencias;  
guárdame de ser humillado. SEÑOR,
32. Yo corro por el camino de tus voluntades  
porque TÚ ensanchas  
*mi corazón.*

## EL SALMO 119,25-32

Tomemos de nuevo los lapiceros de color para subrayar las palabras repetidas: «mi alma» (vv. 25 y 28, en donde la palabra se oculta tras el pronombre «me» de la traducción; quizás pueda añadirse a ello «mi corazón» (32), que es del mismo registro, «según tu palabra» (25.28), «mis caminos» (26) y «el camino» (27.29.30.32). Por otra parte, en hebreo, estos vv. 25-32 (la cuarta estrofa del salmo) comienzan todos por la letra D (*daleth*) y cinco de ellas por la palabra «camino» (*derek*).

Se pueden señalar las seis palabras de la ley (además de «tu palabra»): todas ellas van precedidas del posesivo de la segunda persona que designa aquí al Señor: «tus mandamientos» (26), «tus preceptos» (27), «tus decisiones» (30), «tus exigencias» (31), «tus voluntades» (32); a ello hay que añadir: «tus maravillas» (27). En el mismo registro de la segunda persona hay que señalar los dos verbos: «TÚ me respondes» (26) y «TÚ ensanchas» (32), con los que se relaciona también el vocativo «SEÑOR» (31). Nótese además los siete imperativos: «hazme vivir» (25), «enséñame» (26), «muéstrame» (27), «levántame» (28), «apártame» (29), «concédeme la gracia» (29), «guárdame» (31).

Para los verbos en primera persona., hay que distinguir entre los verbos en tiempo cumplido en hebreo (la traducción en este caso nos desconcierta a veces): «enumero» (26), «he escogido» (30), «me ajusto» (30), «me mantengo APEGADO» (31), y los verbos en tiempo no cumplido: «medito» (27), «corro» (32).

Los vv. 25 y 31 emplean los dos el verbo «APE-

GAR»; los vv. 25 y 28, las expresiones «según tu palabra» y «mi alma»: esto nos indica que los tres versículos se responden en una progresión temática:

25 «Mi alma está **APEGADA** al **polvo**;  
hazme vivir según tu palabra».

28 «**La tristeza me (a mi alma)** **ARRANCA LÁGRIMAS**;  
Levántame según tu palabra».

31 «Me mantengo **APEGADO** a **tus exigencias**;  
**SEÑOR**, guárdame de ser humillado».

### Conclusión

De este modo, esta estrofa hace pasar al salmista de una *adhesión* al polvo, que significa humillación y aplastamiento, a otra *adhesión*, la que une su voluntad con las exigencias de la Ley del Señor; no es extraño que la petición final sea la de no conocer la humillación. El v. 28, en el centro, expresa muy bien la angustia y el deseo de «pasar» de una situación a otra.

La repetición de la palabra «**camino**» no deja de resultar sutil: están los **caminos** del hombre («**mis caminos**»), que son «**camino** de mentira» o «**camino** de fidelidad», según la opción de cada uno, pero no sin «la gracia de tu ley» (29); y están los **caminos** del Señor: el «**camino** de tus preceptos» (27) que se manifiesta y el «**camino** de tus voluntades» (32), que se escoge para la carrera que «**ensancha el corazón**». Sin duda, en este salmo se trata de dejar nuestros propios caminos para seguir los de Dios. Esto repite de otra manera ese «paso» que constituye —como vimos anteriormente— lo esencial del sentido de esta estrofa.

**EL SALMO 146** (traducción acomodada)

1. *¡Aleluya!*  
¡ALABA, alma mía!  
al SEÑOR.
2. ALABARÉ al SEÑOR mientras viva,  
tañeré para mi DIOS mientras exista.
3. *No pongáis vuestra fe* en los príncipes,  
él no puede salvar: en un hijo de hombre,
4. él exhala el espíritu,  
él vuelve al polvo;  
y ese día sus planes  
perecen
5. Dichoso el que tiene el apoyo del DIOS de Jacob,  
y su esperanza en el SEÑOR,  
su DIOS,
6. ÉL **hace** el cielo y la tierra,  
el mar y cuanto hay en él.  
ÉL **mantiene** la fidelidad para siempre,
7. ÉL **hace** justicia a los oprimidos,  
ÉL da pan a los hambrientos,  
El SEÑOR desata a los encadenados,
8. el SEÑOR devuelve la vista a los ciegos,  
el SEÑOR endereza a los que se doblan,  
el SEÑOR ama a los justos,
9. el SEÑOR **mantiene** a los extranjeros,  
ÉL sostiene al huérfano y a la viuda,  
pero ÉL trastorna el camino de los malvados,
10. el SEÑOR reinará para siempre,  
tu DIOS, Sión, de edad en edad.  
*¡Aleluya!*

## EL SALMO 146

A primera vista, uno se siente impresionado por el número de repeticiones del nombre de Dios: **SEÑOR** y **DIOS**, y también por los verbos de los que es sujeto (**ÉL**), que son de hecho participios en el texto hebreo. Una mirada más atenta nos permite ver que estos nombres no están distribuidos al azar: en los vv. 1 y 2 se observa la sucesión **SEÑOR, SEÑOR** y **DIOS**; en el v. 5, **DIOS** de Jacob (El y no Elohim), **SEÑOR** y **DIOS**; finalmente, en el v. 10, **SEÑOR** y **DIOS**. Es evidente que ya aquí se impone una estructura en el salmo.

Quedan, en los vv. 6-9, la sucesión de cuatro **ÉL**, cinco **SEÑOR** y de nuevo dos **ÉL**, sobre la que habrá que volver. Se notarán finalmente algunas palabras repetidas: «ALABAR» (1.2), «**ÉL hace**» (6.7), «**ÉL mantiene.**» (6.9) y «para siempre» (6.10).

Se observará la sucesión de los 9 verbos (participios en hebreo) de los vv. 6-9a y, como final, los dos verbos en presente: «**ÉL sostiene**» y «**ÉL trastorna**» (9c), que desgraciadamente la traducción no distingue de los participios anteriores y a los que hay que añadir el «reinará» del v. 10, que pertenece al mismo tiempo en la lengua hebrea.

Pero en este salmo no hay que olvidar tampoco los numerosos sinónimos ni las palabras emparentadas. En los vv. 2 y 10 tenemos unas expresiones de curación repetidas dos veces, que subrayan la relación de los dos versículos. Los vv. 1-2 se estructuran naturalmente en paralelo como invitación a la alabanza; el v. 10 viene como inclusión para precisar que el Señor, que es objeto de la alabanza perpetua, reina también para siempre. Los dos «Aleluya» (1.10) subrayan más aún la inclusión; se corresponden los dos vocativos

«alma mía» y «Sión»: es el salmista quien invita a la alabanza, pero el Señor tiene su trono en el templo de Jerusalén, lugar de culto para todos.

Los vv. 3 y 5 se estructuran en paralelismos anti-téticos. El v. 4 ofrece tres hemistiquios que subrayan la nulidad de los hombres; aunque fuesen príncipes, son mortales y hasta sus pensamientos perecen. Este versículo está en el centro de una oposición clara: los hombres no merecen «*nuestra fe*», ya que son incapaces de dar la «salvación» (v. 3). Pero no es ése el caso del «**SEÑOR, DIOS** de Jacob», en el que se puede encontrar «apoyo» (lit. socorro; lo cual corresponde a la no-salvación del v. 3), y poner «*la esperanza*» (lo cual corresponde a la ausencia de posibilidad de *poner fe* en el v. 3) (v. 5).

Los vv. 6-9 acumulan las acciones del Señor en beneficio de todos los desheredados de su pueblo, pero el salmista parece ser que quiso poner un cierto orden en esta letanía. La repetición del «para siempre» en los vv. 6 y 10 marca una correspondencia; «**ÉL hace**» repetido sirve de palabra-gancho entre los vv. 6 y 7; la repetición de «**ÉL mantiene**» (vv. 6.9) marca también una correspondencia buscada adrede.

### Conclusión

No cabe duda de que el v. 6 —el acto de creación del universo junto con el «mantenimiento de la fidelidad», que puede ser el signo mismo de la alianza y de la salvación— constituye el centro del salmo. Viene inmediatamente después la enumeración de los actos de Dios por sus criaturas y sus fieles. La estructura que se impone realza perfectamente el objeto de la alabanza del salmista y del pueblo: el Reino de Dios en Sión. El **SEÑOR DIOS** hace y concede lo que ningún hombre es capaz de conceder y de hacer: la creación y la salvación.

# CUESTIONES EN TORNO A LOS SALMOS

## Cuestiones preliminares

### NOMBRES Y LUGAR DEL SALTERIO

La Biblia hebrea llama a este libro de 150 salmos «Libro de las alabanzas» (*sefer tehillim*). En los títulos de los salmos, la palabra *tehilla* (emparentada con *hallelu Yah*) sólo se emplea en una ocasión (Sal 145), mientras que otras palabras aparecen con mucha frecuencia: *mizmor* (salmo), 57 veces; *shir* (cántico), 30 veces; etc. Esta opción indica sin duda una voluntad deliberada de ver en todas estas plegarias, sea cual sea su contenido, una alabanza al Señor; el mero hecho de que el hombre se vuelva a Dios es ya un reconocimiento de lo que él es, e indica, por tanto, una alabanza a su Nombre. El v. 4 del Sal 22 designaba a Dios (en el hebreo original) con este hermoso nombre: «Tú habitas las alabanzas de Israel».

La Biblia griega llama al libro «Salmos» (*psalmoi*) o «Salterio» (*psalterion*) y las traducciones latinas y modernas han recogido estos títulos. Con ellos hace referencia al instrumento de cuerda (*psallô* significa: templar una cuerda). Por tanto, es el aspecto litúrgico el que aquí se pone de realce. *Salmo* traduce sin duda el hebreo *mizmor* (de la raíz *zamar*: tocar música),

y el mismo Talmud llama con frecuencia a los salmos *mizmorot* y *no tehillim*.

El libro de las Alabanzas ocupa un sitio en la tercera parte de la *Biblia hebrea*: los Escritos, detrás de la Ley y de los Profetas. Con Job y los Proverbios, forma una tríada distinta, que la tradición masorética —la que fijó el texto y sus leyes de lectura en los siglos v-vii de nuestra era— dotó de un sistema especial de signos de puntuación y de salmodia. El orden concreto ha variado; algunas fuentes judías antiguas atestiguan que los Salmos estaban a veces en segunda posición detrás de Rut, sin duda porque este último libro contiene la genealogía de David, al que se consideraba autor del Salterio. En las Biblias hebreas impresas, el Salterio está siempre en primer lugar en los Escritos, seguido de Job y de Proverbios.

La *Biblia griega* pone el libro de los Salmos entre el libro de Job y el de los Proverbios, al comienzo de la segunda parte que comprende los Libros poéticos y después los proféticos, estando dedicada la primera parte a las Leyes y a la historia. Por su parte, las listas antiguas y los grandes manuscritos de los siglos iv y v presentan una diversidad tan grande en el orden de los libros —excepto para el Pentateuco— que es imposible zanjar esta cuestión.

## LA NUMERACIÓN DE LOS SALMOS

La Biblia griega comprende un salmo 151 —se ha encontrado una versión del mismo en hebreo en Qumrán—, pero por lo demás está de acuerdo con la Biblia hebrea en el contenido y en el orden de los

salmos. No obstante, su división es distinta: los salmos 9 y 10 por un lado y los 114 y 115 por otro, del texto hebreo, se agrupan juntos en el Salterio griego (= Sal 9 y 113); al contrario, los salmos 116 y el 147 del hebreo se dividen en dos en griego. Esto hace que casi todos los salmos parezcan haberse desplazado en una unidad. He aquí una tabla de correspondencias:

### LOS SALMOS FUERA DEL SALTERIO

Los salmos no se encuentran solamente reunidos en el Salterio. Podemos encontrarlos diseminados por los otros libros de la Biblia. Se ponen con frecuencia en labios de personajes importantes. Para distinguirlos de los Salmos propiamente dichos, se les suele llamar *cánticos bíblicos*. Dos de ellos son muy antiguos: la pequeña Canción de los pozos (Nm 21,17-18) y la Oda triunfal de Débora (Jue 5,2-31). Los otros son más recientes: la hermosa oración de Ana, madre de Samuel (1 Sm 2,1-10), el cántico del rey Ezequías (Is 38,9-20) y el que Isaías atribuye a las gentes de Judá (Is 26,1-6).

Entre los poemas atribuidos a los grandes personajes, se pueden recordar los que se ponen en labios de Moisés: el cántico del Mar (Éx 15,1-18) y sus Oraciones de despedida (Dt 32 y 33); los que se atribuyen a David en el libro de Samuel (2 Sm 22 = Sal 18; 23,1-7) o compuestos bajo su dirección en el libro de las Crónicas (1 Cr 16,8-36). Está también el cántico del profeta Jonás (Jon 2) o los de Daniel (Dn 2,20-23 y 3,26-45, en griego), los de Judit (Jdt 9; 16) y de Ester (Est 4). Este género se encuentra también en el Nuevo Testamento: pensemos en el cántico de María (Lc 1,46-55), en los de Zacarías (Lc 1,68-79) y del anciano Simeón (Lc 2,29-32).

Los textos proféticos están llenos de poemas más o menos aislados (Is 12,1-6; 59; Miq 7,18-20; Nah 1,2-8; Hab

3). Los libros sapienciales, Job y el Eclesiástico sobre todo, contienen también verdaderos salmos (Job 5,9-16; 9,2-12; 26,5-14; etc.; Eclo 36,1-22; 51,1-12) sin hablar del salmo añadido en 51,12). Se pueden señalar finalmente los cánticos de los diferentes actores del libro de Tobías (3,2-6.11-15; 8,5-7.15-17; 11,14; 13,1-15).

Sin duda es interesante recordar aquí que la Biblia griega contiene después del Salterio una colección llamada *Odas* que agrupa 13 cánticos litúrgicos; todos ellos proceden del Antiguo o del Nuevo Testamento (excepto la *Oración de Manasés*, que es un apócrifo) y recogen una parte de los textos que acabamos de señalar.

La Biblia griega contiene otro libro apócrifo: los *Salmos de Salomón*. Lo cierto es que este libro se unió a los Setenta solamente después del siglo X, y tan sólo en algunas regiones. Contiene 18 salmos. Hoy se admite que se redactaron primero en hebreo y que se tradujeron al griego en ambientes judíos antes de la difusión del cristianismo. Se puede pensar que proceden de los ambientes fariseos; estos salmos conceden un lugar importante a la resurrección de los muertos y también al mesianismo davídico (sobre todo los Salmos XVII y XVIII, cuya traducción puede verse en *Documentos en torno a la Biblia*, n. 18). Todo el conjunto está editado y traducido en J. Viteau, *Les Psaumes de Salomon*, Letouzey et Ané, París 1911.

HEBREO		GRIEGO-LATÍN		147	=	146 y 147
1 a 8	=	1 a 8		148 a 150	=	148 a 150
9 y 10	=	9				
<b>11 a 113</b>	=	<b>10 a 112</b>				
114 y 115	=	113				
116	=	114 y 115				
<b>117 a 146</b>	=	<b>116 a 145</b>				

Nuestras Biblias siguen la numeración del hebreo (y entre paréntesis la del griego); el *Salterio litúrgico*, como todos los libros de oración de la Iglesia católica, sigue la numeración del griego (con paréntesis la del hebreo). En este *Cuaderno*, damos únicamente la numeración hebrea.

## El texto

### EL TEXTO HEBREO

Como para el resto de la Biblia, el texto hebreo impreso de los salmos es el texto llamado masorético (TM), es decir, el texto consonántico tradicionalmente transmitido y normalizado por los *masoretas* («tradicionalistas») en los siglos v-vi de nuestra era, según las reglas de la lectura y de la salmodia sinagoga. El manuscrito de base de la Biblia de Stuttgart —la edición crítica comúnmente utilizada— es el *Códice de Leningrado*, que data de 1008. La universidad hebrea de Jerusalén comenzó una edición crítica sobre la base del *Códice de Alepo*, que data de comienzos del siglo x, pero que es de la misma tradición textual (Ben Asher). En contra de lo que los exegetas solían creer hasta 1950, este texto, aunque no exento de faltas, es antiguo y excelente en su conjunto y no debe ser corregido, por consiguiente, más que con mucha prudencia. Los descubrimientos de Qumrán, que nos hacen remontarnos unos 900 años en la tradición textual, lo han confirmado absolutamente.

En efecto, se han encontrado unos 30 textos del Salterio (reducidos a veces a pequeños fragmentos)

en las cuevas de Qumrán (sobre todo en las cuevas 4 y 11). Es el libro bíblico más representado. Debido a su longitud y a su importancia merece atención especial un rollo de la cueva 11 (11QPsa). Contiene 41 salmos, entre los salmos 101 y 150, con los que van unidos 2 Sm 23,1-7, Eclo 51,13-30 y cuatro salmos no canónicos (entre ellos el Sal 151 de la Biblia griega). El orden de los salmos no es el del TM; sin embargo, desde el punto de vista del texto se da una unidad substancial; las variantes más numerosas son simplemente ortográficas. Cerca del Mar Muerto se han descubierto otros fragmentos de salmos: al sur de En Guedi (Sal 15 y 16) y en Masada (Sal 81-85 y 150); son un poco posteriores a los de Qumrán; los textos de Masada son idénticos al TM, incluso en la ortografía. Todo esto atestigua la profunda fidelidad de la tradición manuscrita.

### LAS VERSIONES GRIEGAS

La traducción griega del texto hebreo fue emprendida por la comunidad judía de Alejandría, sin duda alrededor del siglo II a. C. Hoy se está de acuerdo en

pensar que fue realizada por un único traductor sobre un texto hebreo muy ligeramente distinto del TM. Este texto, transmitido por los grandes manuscritos de los siglos IV y V, es el que recogieron las iglesias cristianas de lengua griega; por eso mismo, lo fueron abandonando poco a poco las comunidades judías. Por tanto, es imposible sostener que el Salterio griego sea un Salterio cristiano; es una traducción judía de un texto hebreo. Hay que señalar aquí que las iglesias de lengua siria hicieron muy pronto una versión directamente del original hebreo, la *Peshitta*. Se trata de un caso único, ya que todas las demás iglesias cristianas han hecho su versión a partir del texto griego.

## LAS VERSIONES LATINAS

La primera traducción latina, la *Vetus Latina* (la *Antigua latina*) fue hecha por los cristianos de África del Norte a finales del siglo II. Pero la primera revisión sistemática sobre el texto de los Setenta es la obra de san Jerónimo, sin duda en el año 383; se conoce este texto con el nombre de *Salterio Romano*. San Jerónimo emprendió de nuevo su trabajo en Palestina, después del 387, para hacer una nueva revisión de la *Vetus Latina* a partir de los *Hexapla* de Orígenes; es el *Salterio Galicano* (porque se utilizó por primera vez en las Galias), que entró en la *Vulgata* y figura como Salterio de la liturgia latina.

San Jerónimo hizo finalmente, entre el 390 y el 405, en Belén, una tercera traducción latina de todo el Antiguo Testamento, esta vez a partir del hebreo. Para el Salterio, este *Psalterium juxta Hebraeos* no suplantará el texto anterior de san Jerónimo; la razón más probable de ello es el conservadurismo litúrgico; lo mismo que las basílicas de Roma habían conservado el *Salterio Romano*, también la liturgia latina conservó el *Salterio Galicano*.

En el momento en que hubo que editar un Salterio para el uso litúrgico, volvió a lanzarse el debate sobre el Salterio cristiano (¿Setenta o Texto hebreo?); finalmente, el *Salterio* oficializado en todos los textos litúrgicos castellanos ha sido una traducción hecha sobre el texto hebreo, con una cierta atención al texto griego para interpretar en un sentido tradicional los pasajes que se consideraban poco comprensibles en hebreo.

Para las otras traducciones castellanas podemos contentarnos –de forma muy subjetiva– con señalar algunas buenas traducciones. La primera versión moderna que alcanzó un éxito bien merecido fue la de la *Biblia de Jerusalén*, hecha a partir de la traducción francesa; el Salterio de la edición francesa apareció en 1953, fue puesto en música por J. Gelineau y se convirtió en el texto litúrgico de todos los que cantaban los salmos en francés (todavía hoy es utilizada en Taizé). La primera edición española hecha directamente sobre los textos originales fue la *Sagrada Biblia* publicada en 1944 por la BAC, obra de Eloíno Nacar (a quien se debe la versión de los salmos) y Alberto Colunga; su literalidad resulta a veces excesiva. Esta misma deficiencia se le ha achacado a la versión de los salmos sobre el texto hebreo de la *Sagrada Biblia*, editada en 1947 por José M<sup>º</sup> Bover y Francisco Cantera. En 1975 apareció la traducción de la *Nueva Biblia española*; los salmos habían sido traducidos ya antes por L. Alonso Schökel, que dejó en su versión huellas de su exquisita sensibilidad literaria, de su buen conocimiento del hebreo y de su especialización en la literatura de los salmos, a la que ha dedicado varios estudios. La traducción de la Casa de la Biblia, de 1991, hecha por un equipo de autores bajo la dirección de Santiago Gujarrro, busca más bien la buena inteligencia del texto y ha conseguido ofrecer una lectura de los salmos renovada y accesible a todos, manteniendo en lo posible el sabor original. Las Ediciones Paulinas han reeditado en 1989, con algunas variantes, la traducción de la Biblia hecha en 1967 bajo la dirección de Evaristo Martín Nieto.

# La composición del Salterio

## LOS CINCO LIBROS

En su estado actual, el Salterio hebreo se divide en cinco libros; esta distribución data al menos del siglo II a. C., ya que la conoce el Salterio griego. Los cinco libros comprenden los salmos 1-41; 42-72; 73-89; 90-106; 107-150. Cada libro termina con una doxología; las cuatro primeras se presentan como bendiciones judías clásicas; la primera, por ejemplo, dice así:

«Bendito el Señor, Dios de Israel,  
ahora y por siempre. Amén, amén» (Sal 41, 14).

El final del salmo 150 se presenta de manera distinta. Cabe preguntarse entonces si el final del quinto libro no estaría en el salmo 145:

«Te ensalzaré, Dios mío, mi rey;  
bendeciré tu nombre por siempre jamás».

En esta hipótesis, los salmos 146-150 formarían un final marcado por el Aleluya. También puede pensarse que el Sal 150, tomado como un todo, constituye la alabanza final del quinto libro y de todo el Salterio. Esta distribución en cinco libros hace pensar evidentemente en los cinco libros de la Ley de Moisés; quizás esto sea intencional, pero los intentos que se han hecho por relacionar cada uno de los libros del Salterio con un libro del Pentateuco no han desembocado más que en vinculaciones artificiales.

## LAS COLECCIONES MÁS ANTIGUAS

La distribución en cinco libros resulta en el fondo muy secundaria; es más importante para comprender

la composición del Salterio estudiar las colecciones parciales, más antiguas.

### **Colecciones «Yahvista» y «Elohísta»**

Se observa que los Salmos 14 y 53 son casi idénticos, pero se diferencian los nombres divinos: el primero utiliza el tetragrama YHWH, y el segundo Elohim. Esto hace pensar que existió una primera colección de salmos, que utilizaban habitualmente YHWH, los salmos 3-40, y una segunda, que prefiere usar Elohim, los salmos 42-83. Hay que añadir que los Sal 84-89 utilizan también YHWH de forma dominante. Al contrario, los Sal 90-150 mezclan los dos nombres sin orden aparente.

### **Otras colecciones**

Existen otras series de salmos agrupados por temas. Por ejemplo, los *Cánticos de peregrinación* (Sal 120-134), identificados además por sus títulos; los *Salmos del Reino* (Sal 93-100) y los tres *Hallel* (Sal 113-118; Sal 136; Sal 146-150).

## LOS TÍTULOS DE LOS SALMOS

Se trata de fórmulas que abren los salmos –hoy están comprendidas en la numeración de los versículos–, aunque hay 34 que carecen de ellas. Estos títulos son sin duda bastante antiguos, ya que los traductores griegos los conocían, pero muchas veces no conocían ya su sentido exacto. A la luz de estos títulos o firmas se pueden descubrir tres tipos de agrupación de los salmos en función de los personajes litúrgicos con los que guardan relación.

## Los salmos de David

Se observa que 73 salmos llevan el nombre de David. Se trata ante todo de los salmos 3 al 41, que coinciden con la tradición «yahvista». Pero en la segunda colección llamada «elohísta» se encuentra también un grupo de salmos referidos esencialmente a David (Sal 51-72). El conjunto termina con la rúbrica «Fin de las plegarias de David, hijo de Jesé» (72,20) (¡a pesar de que este salmo 72 en su título se le atribuye a Salomón!). Se encuentran además otros salmos «de David» en el quinto libro del Salterio (Sal 108-110 y 138-145).

## Los salmos de Asaf, de los hijos de Coré

Otros conjuntos se refieren a algunos jefes de coradías de los cantores del Templo. Es lo que ocurre con Asaf (1 Cr 6,24), cuyos «hijos» se mencionan en Esd 2,41 y Neh 7,44 entre los que volvieron del desierto en número de 128 ó 148; se le atribuyen los salmos 50 y 73-83. Ocurre lo mismo con los «hijos de Coré», de quienes nos dicen las Crónicas (1 Cr 9,19) que servían en el templo en la época de David; se les atribuyen los Sal 42-49, 84-85 y 87-88. Se puede observar que estas dos colecciones tienen cada una doce salmos.

Es difícil decir cómo se reunieron estos diversos grupos y si hubo alguna lógica que presidiera su agrupación final, tal como aparece en nuestro Salterio. A posteriori, siempre se puede reconstruir un esquema lógico (por ejemplo, el de Monloubou, en *Les Psalmes et les autres écrits*, pp. 18-20; pero estas reconstrucciones, casi tan distintas como las *Introducciones al Salterio*, tan sólo reflejan poco más que las convicciones de sus autores. Tendremos ocasión de volver sobre ello a propósito de la dominante regia del *contenido del Salterio* y de las recientes investigaciones (cf. pp. 38-39).

---

## LOS SALMOS Y LA LITURGIA

---

En todo caso, el lugar final de estas agrupaciones fue la liturgia del Templo de Jerusalén. En efecto, los títulos contienen numerosas indicaciones para su ejecución musical –aunque algunas de ellas nos resultan enigmáticas (Sal 4; 6; 54; 55; 61; 67; 76; etc.)–. También contienen algunas indicaciones litúrgicas (Sal 30: «para la Dedicación»; Sal 92: «Para el día del sábado»; etc.). Aunque los salmos no son esencialmente de origen litúrgico, todos fueron asumidos para el servicio de la liturgia del segundo Templo.

## La atribución del Salterio a David

En el texto hebreo hay 73 salmos, como ya hemos dicho, que llevan la mención «*le-David*» (*a o de David*). Hoy se acepta que esta mención designa la atribución a un conjunto literario, en este caso a una colección davídica, sin que esto implique la idea de un autor (la Biblia griega traduce por un dativo y no por

un genitivo). Sin embargo, David ocupa un lugar aparte entre los personajes bíblicos asociados a los salmos, y la tradición, tanto judía como cristiana, acabará poniendo el conjunto del libro bajo su patrocinio. Este hecho encuentra sin duda su fuente en las figuras de David descritas en los textos bíblicos.

## DAVID POETA Y MÚSICO

El texto más antiguo que hay que citar aquí es una diatriba de Amós contra los jefes de Samaría; se toma aquí a David como modelo de cantores, pero la comparación no es muy halagüeña: «Duermen en camas de marfil; se apoltronan en sus divanes; comen los corderos del rebaño y los terneros del establo; canturrean al son del arpa, inventando, como David, instrumentos musicales» (Am 6,4-5).

1 Sm 16,14-23 lo presenta como un «buen músico» en un contexto en donde la música tiene una función mágica y curativa (cf. 2 Re 3,15), en relación con las cofradías de los profetas. También encontramos a David con este papel al lado de Saúl (1 Sm 18,10; 19,9). Dos textos del segundo libro de Samuel nos muestran a David «entonando una lamentación» por Saúl y Jonatán (1,17-27) o por Abner, el jefe del ejército de Israel (3,33-34). Según Jr 9,19 (cf. Ez 19,14; 32,16; 2 Cr 35,25), la lamentación es un arte musical que se enseña y ocupa un lugar en el repertorio clásico de Israel; pero por aquella época —antes y después del destierro— es un arte para las mujeres..., aunque tuvo ciertamente un uso profético antiguo. Hay que señalar además el texto de 2 Sm 6, en donde David participa activamente en la liturgia del traslado del arca a Jerusalén, y 2 Sm 23, donde se presenta a David como compositor delante del Señor (sin duda un texto de redacción tardía).

## DAVID ORGANIZADOR DEL CANTO LITÚRGICO

Después del destierro se le asignó al rey David otro papel, el de organizador del canto litúrgico. Se le atribuye claramente la organización de los cantores-levitas (1 Cr 15,16); les confía el encargo de ejecutar

salmos e himnos, de los que se citan varios expresamente (1 Cr 16,4-36). Se puede señalar este pasaje del libro de Esdras: «Tan pronto como los albañiles pusieron los cimientos del santuario del Señor, se presentaron los sacerdotes revestidos, con sus trompetas, y también los levitas descendientes de Asaf con sus címbalos, para alabar al Señor, según lo establecido por David rey de Israel. Cantaron el cántico de alabanza y acción de gracias al Señor: “porque es bueno, porque su misericordia es eterna sobre Israel!”» (Esd 3,10-11). Así se ve claramente cómo se va enriqueciendo, amplificando y precisando la tradición con el correr de los años, sobre la base seguramente de una antigua tradición histórica ligada a los ambientes proféticos.

## LOS SALMOS ATRIBUIDOS A DAVID

De esta manera, por *amplificación sucesiva*, se llegó a poner bajo el patrocinio de David 73 salmos (la Biblia griega le atribuye doce más) y a relacionar con diversas situaciones de su vida la composición de 13 de ellos (3; 7; 18; 34; 51; 52; 54; 56; 57; 59; 60; 63; 142).

El segundo libro de los Macabeos habla de «libros de David»: «Se dice además que (Nehemías) reunió una biblioteca y puso en ella los libros de los reyes, de los profetas, de David y las cartas reales relativas a las ofrendas» (2 Mac 2,13). Se puede interpretar esta indicación de varias maneras, pero es muy probable que se trate del Salterio, ya que es el único que en otros lugares se atribuye a David.

Un texto de Qumrán, del siglo I a. C., indica: «Y David, el hijo de Jesé, escribió 3.600 salmos (*tehillim*) y 364 cánticos (*shirim*) para cantar delante del altar del holocausto del sacrificio perpetuo diario, uno para cada día del año; 52 cánticos para el sacrificio *qorban*

de los sábados; 30 para los sacrificios solemnes y para el día de Kippur; todos los cánticos que escribió eran 446, y los cánticos para hacer música para los poseídos en número de 4; en total 4.050» (11QPsa, 27,4-5.9-10). Esta fórmula atestigua el mismo procedimiento midráshico que hace atribuir a Salomón todo lo que tiene relación con la sabiduría en Israel (1 Re 5,12-14).

## EL TESTIMONIO DEL NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento cita abundantemente los salmos (casi la tercera parte de sus citas explícitas del Antiguo Testamento) y –cuando se atribuyen a alguien– se atribuyen siempre a David. Así, en una discusión con los fariseos, Jesús cita el Sal 110 indicando: «David mismo dijo, inspirado por el Espíritu Santo:

“Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies”. Si el mismo David lo llama Señor, ¿cómo es posible que el Mesías sea hijo suyo?» (Mc 12,36-37 par.). En los discursos de los Hechos atribuidos a Pedro, los Sal 109 (Hch 1,16), 16 y 110 (Hch 2,25-34) se citan también como escritos por David. Los cristianos de Jerusalén ponen el salmo 2 en labios del rey (Hch 4,25-26). Pablo presenta igualmente el Sal 32 como palabra de David (Rom 4,6-8), así como el Sal 69 (Rom 11,9). El autor de la carta a los Hebreos hace lo mismo con el Sal 95 (Heb 4,7). En muchos de estos casos, la argumentación de los textos implica que David es ciertamente el autor del salmo citado.

La tradición cristiana de los Padres ha recogido ampliamente esta atribución colectiva, aunque algunos (Hipólito, Orígenes, Atanasio, Hilario, Jerónimo entre otros) reconocieron que David no era el único autor del Salterio.

## La fecha de composición de los Salmos

Durante el tiempo en que la atribución del Salterio a David se comprendía en un sentido histórico, no podía plantearse la cuestión del origen y de la fecha de composición de los salmos. Sin embargo, ya desde los primeros siglos, algunos comentaristas, tanto judíos como cristianos, admitieron que David sólo había compuesto una parte de los salmos y que otros habían sido compuestos por varios personajes bíblicos; pero también aquí la cuestión de la fecha se resolvía antes de ser planteada. Así pues, solamente en la época moderna la crítica bíblica se preguntó por la fecha y el origen de los salmos.

### EL DEBATE MODERNO

Muchos autores, sobre todo católicos, han insistido en el carácter tardío de los salmos, situando su redacción en la época posterior al destierro (finales del siglo VI), e incluso a veces en el período macabeo (siglo II). «Se ha visto que estas plegarias sálmicas no eran un hecho aislado, sino que formaban parte de un conjunto de textos de la misma época: *Malaquías, Jonás, Job, Abdías, Joel*, los añadidos post-exílicos a las colecciones proféticas de *Isaías*, de *Jeremías*, de

*Ezequiel* y de *Zacarías*. Se relacionan con los escritos de inspiración deuteronómica y de la tradición sacerdotal» (R. J. Tournay, *Voir et entendre Dieu avec les Psaumes*, Gabalda, París 1988, p. 184).

Pero otros muchos exegetas, sobre todo alemanes (H. Gunkel, A. Weiser, H. J. Kraus) o escandinavos (S. Mowinckel) insisten en la atribución de muchos salmos a la época de la monarquía antes del destierro, en especial de los salmos 2; 18; 45; 72; 89; 110; 132). El balance de estas propuestas resulta finalmente algo caricaturesco: el Sal 68, por ejemplo, es fechado por algunos en el período de los Jueces y por otros en la época macabea; el Sal 29 es para unos de origen cananeo y para otros posterior al destierro.... Cabe preguntarse legítimamente si la cuestión no estará por ventura mal planteada y si este debate no es, en el fondo, un falso problema.

## COMPOSICIÓN Y RELECTURAS

En efecto, se puede pensar que el Salterio es naturalmente un libro contemporáneo de toda la historia de Israel, que «vivió» al ritmo de esta historia, como un libro forjado a lo largo de diez siglos de oraciones tanto personales como comunitarias, incansablemente repetidas, enriquecidas, readaptadas. La palabra clave para comprender los salmos ¿no será acaso –más que para cualquier otro libro de la Biblia– la palabra «relecturas»? Esta noción clave de la comprensión de las Escrituras no es nueva; ha sido explicitada de forma genial por A. Gelin, profesor en Lión (*La question des relectures bibliques à l'intérieur d'une tradition vivante*, en *Sacra Pagina*, t. 1, París-Gembloux 1959, pp. 303-315).

«¿Qué es una relectura? En un texto ya existente se inserta la indicación de una nueva lectura. Ésta guarda relación con la evolución espiritual de la co-

munidad, está condicionada por su progreso y responde a una necesidad que Dios suscita. Intenta, al menos normalmente, profundizar en los datos del texto, acabarlo teniendo en cuenta sus primeras virtualidades, mantener una homogeneidad con su tema básico» (p. 304). «El interés del método de las relecturas está en que llama la atención sobre las relaciones entre la vida de la comunidad y el texto que fija y empuja su marcha, sobre las relaciones entre este texto y una autoridad directiva, sobre la tradición viva en la que se inserta» (p. 314).

## SALMOS DE TODOS LOS TIEMPOS

En el caso de los Salmos, se comprende mejor todavía que un poema particularmente logrado, redactado en unas circunstancias determinadas, se haya memorizado y esté disponible para repetirse en circunstancias análogas; entonces será eventualmente enriquecido, reactualizado. Se comprende igualmente que se haya reutilizado y enriquecido sin cesar a lo largo de la historia una primera colección de textos, reunidos para una necesidad cultural, para una fiesta familiar o tribal concreta.

Las grandes experiencias de la vida humana, tanto personales como colectivas, tienen evidentemente tendencia a repetirse: la enfermedad, la muerte o la curación, la guerra, la derrota o la victoria, la súplica o la acción de gracias... Lo que se escribió la primera vez y fue reconocido como válido se repetirá naturalmente. Con el correr de los años, disminuirá la libertad en la utilización y en la relectura; se llegará entonces a una especie de canonización de los textos y de las colecciones. Pero antes de llegar a su estatuto canónico dentro del libro, los salmos fueron en su mayor parte fruto de una larga historia en el seno de la tradición viva de unas comunidades orantes.

Entonces no cabe duda de que es imposible e inútil intentar poner una fecha a los salmos; por otra parte, esto carece de interés para comprenderlos y mucho menos para rezarlos, ya que se trata siempre de

volver a hacer nuestras las experiencias humanas que les dan una constante actualidad y que constituyen su eterna novedad.

## Los géneros literarios

H. Gunkel (1862-1932) fue el verdadero iniciador de los estudios de los géneros literarios del Salterio y de su ambiente de origen. Después de numerosos estudios preliminares, codificó los principios y los procedimientos del método de las «formas» en su *Introducción a los Salmos* (1928-1933), completada después de su muerte por J. Begrich (<sup>2</sup>1966). Hace veinte años, E. Lipinski recogió y sistematizó de la forma más clara posible las tesis de Gunkel (art. «Psaumes», en *Dict. de la Bibl. Suppl.* (1973).

Para Gunkel, el género literario se define en función de las «formas» de lenguaje a las que recurre y cuyo estudio tiene que ver con la crítica del estilo. Parte del principio de que la literatura de un pueblo es, en sus orígenes, una obra comunitaria. Se trata, pues, ante todo de reconstruir las situaciones comunitarias que ejercieron su influencia en la transmisión de las «formas» del lenguaje. Pero antes es menester identificar bien las diversas formas literarias, que son precisamente reflejos de las funciones correspondientes de la vida comunitaria. Influido por la Escuela alemana de la Historia de las Religiones, postulaba que toda plegaria, incluso la individual, estaba informada por la lengua del culto, por su vocabulario y sus conceptos; de aquí sacaba la conclusión de que los géneros literarios del Salterio tenían su origen en la comunidad y en su culto, en la etapa más antigua de la religión de Israel. Sólo los salmos didácticos y los salmos sapienciales tenían para él un origen diferente.

De hecho, Gunkel aportó muchos matices sutiles a la aplicación de sus principios. En particular, se vio obligado a admitir una acción difusa del profetismo sobre la composición sálmica, que explicaba a sus ojos los acentos de piedad personal en los salmos. Admite además que las lamentaciones individuales, aunque nacidas en ambiente cultural y comunitario, se habían separado del culto ya antes del destierro para convertirse en poemas religiosos de carácter individual. Reconocía igualmente que faltan datos para reconstruir las ceremonias concretas y las fiestas para las cuales nacieron los diversos géneros. Puede decirse sin temor a equivocarse que fue esta aplicación dúctil e inteligente la que constituyó el éxito de su método y de sus trabajos. Evidentemente, sus émulos no siempre tuvieron el mismo genio y la misma moderación.

### UNA CLASIFICACIÓN

E. Lipinski resume así la clasificación de Gunkel: «El examen de las formas literarias llevó a Gunkel a distinguir tres grandes géneros –los himnos, las súplicas y las acciones de gracias– y varios géneros menores».

«Los *Himnos* comienzan con una invitación a alabar a Dios; el cuerpo del himno va detallando los motivos de la alabanza, las virtudes divinas y los prodi-

gios realizados por Dios en la naturaleza y en la historia de su pueblo; la conclusión recoge a menudo la fórmula de introducción. En la categoría de los himnos Gunkel destaca los *Cánticos de Sión* y los *Salmos de entronización*».

«Las *Súplicas* comienzan generalmente con una invocación a Dios, acompañada de una llamada de socorro, de una oración o de una profesión de confianza. En el cuerpo del salmo se intenta conmover a Dios describiéndole la triste situación de los suplicantes, protestando su inocencia o insistiendo en el arrepentimiento que sienten por sus culpas. Se le recuerdan también a Dios sus beneficios pasados y se le reprocha parecer olvidadizo o ausente. Estas súplicas pueden ser colectivas o individuales. Entre estas últimas Gunkel destaca los *Salmos de confianza*».

«Las *Acciones de gracias* son igualmente individuales o colectivas. El pueblo o los particulares alaban allí a Dios por las oraciones que ha escuchado y por los beneficios que les ha concedido. La estructura literaria de estos salmos es muy parecida a la de los Himnos».

«Al lado de estos tres grandes géneros, Gunkel destaca los *Salmos reales*, que reflejan el lenguaje y el ceremonial de la corte, los *Cantos de peregrinación* a Jerusalén, los *Salmos didácticos* que recogen los temas sapienciales, las *Liturgias*, los *Salmos de oráculos* y varias composiciones mixtas».

Puede decirse que el método gunkeliano ha sido poco a poco adoptado universalmente, con continuas adaptaciones y matizaciones. E. Lipinski creía poder decir en 1973: «Los géneros literarios constituyen la clave que abre a la inteligencia del salterio, clave indispensable para penetrar en el pensamiento de los salmistas. En efecto, el género literario se caracteriza por una forma de expresión, adecuada al contenido que intenta expresarse. No es posible captar bien el

uno más que a través de la otra, el contenido a través de la forma, el pensamiento del salmista a través de su modo de expresión».

L. Monloubou, recogiendo esta cita en una introducción al Salterio, añadía: «El hecho de que el método de Gunkel sea repetido y matizado por los diversos comentaristas no es tanto un signo de sus límites, cuanto de su fecundidad... El método propuesto por Gunkel se presenta siempre, aunque con la aportación de complementos y retoques, como el camino real que introduce a una justa comprensión del Salterio» (o. c., p. 41).

Permítasenos ser mucho más reservados que los dos autores citados. Es verdad que este método se sigue aplicando ampliamente, pero, hay que reconocerlo, como una especie de *paso obligado*, como un rito, del que quizás nadie se atreva todavía a liberarse.

## ALGUNAS CRÍTICAS

En el nº 11 de *Cuadernos bíblicos*, «Para orar con los salmos», M. Mannati escribía: «Los salmos están destinados ante todo a acompañar a las celebraciones litúrgicas... Por estructura entendemos aquí, no ya la composición o la construcción de un salmo, sino la organización de sus elementos en función de la ceremonia cultural. Así, por ejemplo, la estructura de los salmos de acción de gracias se compagina con las diversas fases de un sacrificio de acción de gracias. Y es esta estructura la que permite distinguir los diferentes géneros literarios del salterio. Reconocer el género literario de un salmo es el primer paso que hay que dar para comprenderlo. No se trata de responder a una necesidad de orden, de clasificación...; el salterio no es un museo de piezas muertas. Se trata más bien de captar la intención del salmista, de entrar en su ángulo de visión» (p. 12).

En este texto de 1975 hay muchas afirmaciones que nos parecen simplemente insostenibles. La referencia a las celebraciones litúrgicas de los orígenes, discutida ya por esta época, hoy es más criticada que nunca. Incluso en el segundo Templo está claro que el canto de los salmos era marginal. J. Heinemann, en su gran obra sobre la oración, ha escrito: «En su origen, las oraciones (y la salmodia) no formaban parte integrante del culto del templo, al menos del primer Templo. Cuando estos elementos entraron finalmente en el culto, en el período del segundo Templo, siguieron siendo marginales. Pertenecían a la esfera del culto popular que se desarrolló al margen del culto sacrificial sacerdotal, fuera del culto propiamente dicho y jamás estuvieron en el mismo plano que los sacrificios [...]. La naturaleza no esencial de estos himnos está igualmente indicada por el hecho de que los cantores levitas se mantenían a distancia del altar, en la escalinata que separaba el patio de los sacerdotes del patio de los israelitas» (*Prayer in the Talmud*, 1977, pp. 123-125).

Por lo que se refiere a encontrar, sea con el método que sea, la «intención del salmista» para «entrar en su ángulo de visión», ¿hay alguien que lo crea posible en nuestros días? Todo lo más, cabe esperar dar una interpretación del salmo autorizada por su texto, por su composición actual. Pues bien, éstos son dos de los elementos esenciales del *Sitz im Leben*, objetivo de la investigación basada en los géneros litera-

rios, que se escapan de nuestras manos. Entonces, ¿puede verse en estas clasificaciones —que son a pesar de todo tan diferentes entre un autor y otro— algo más que una manera cómoda de organizar y de comparar eventualmente unos salmos de estilo parecido, si es que hay algún salmo que, en su estado actual, represente un género puro?

Por otra parte, la 3ª edición de la *TOB*, que apareció en 1991, escribe en su prólogo a los Salmos (p. 1.276): «El parentesco físico se manifiesta en unos rasgos comunes: parecidos exteriores de rostro, de fisonomía y de talante; semejanzas de lenguaje y de acento; comunidad de pensamientos, de sentimientos, de problemas y de tradición. Entre las familias se establecen alianzas que crean mezclas y afinidades. También ocurre que a veces no se parecen los padres a los hijos... Así ocurre con los salmos. Muchos de ellos presentan parecidos de estructura, una fraseología y una tonalidad común, suponen situaciones idénticas o análogas, tratan de los mismos temas, se mezclan entre sí para dar origen a poemas complejos. Hablaremos por tanto de “familias” de salmos aplicando esta noción de parentesco con mucha flexibilidad».

Creemos que hay que ser más reservados todavía. Ciertamente resulta tentador e interesante poner cierto orden en una colección de textos, pero no hay que esperar mucho de ello en cuanto al progreso en la interpretación.

# LA ORACIÓN DE UN PUEBLO

## El Salterio, memorial de un pueblo

### EL SALTERIO Y LA HISTORIA DE ISRAEL

En cada una de las etapas de su historia, en el mismo momento en que las crisis solicitaban su propia renovación, Israel supo encontrar siempre en el recuerdo de su pasado el dinamismo de su porvenir. La historia no es para Israel una repetición más o menos cíclica del pasado, sino, por el contrario, el teatro de las intervenciones continuamente renovadas de Dios, a las que hay que aportar de nuevo una respuesta: aceptación o rebeldía. El diálogo entre Dios y su pueblo no puede hacerse más que en continuidad con los diálogos de ayer que son otras tantas experiencias de encuentros, felices o desventurados, para los amigos que siguen juntos el camino de la alianza.

En la rica diversidad de testimonios surgidos de la fe podemos escuchar, por consiguiente, los múltiples ecos del encuentro entre Dios y su pueblo y, por encima de ello, del encuentro entre Dios y la humanidad, ya que esta historia es ciertamente el modelo y la clave de toda la historia humana. En este dinamismo de la tradición, cada uno de los acontecimientos de la historia bíblica pudo suscitar uno o varios poemas; y cuando el acontecimiento mantenía un valor siempre actual (el Éxodo, la Creación, la Monarquía...) no dejaba sin duda de provocar la inspiración de los poetas. El Salterio, como cualquier otro libro de la Biblia, pero

más aún que los demás, se fue entretejiendo entonces con la historia del pueblo. Pongamos dos ejemplos fundamentales: el Éxodo y la Monarquía.

### EL SALTERIO Y EL ÉXODO

La estancia de Israel en Egipto no se toma en cuenta más que en el Sal 105,23-25, eco sin duda de Dt 26,5-6. En todos los demás sitios sólo se habla de la salida de Egipto, empezando por las «plagas» que son los primeros actos salvadores del Señor, y continuando con la travesía del mar y la marcha por el desierto hasta la entrada en Canaán. De hecho, sólo hay seis salmos que traten de forma seguida del Éxodo: los salmos 78; 105; 106; 114; 135 y 136. Pero las alusiones son muy numerosas en el conjunto del libro.

El Éxodo se celebra ante todo como *intervención de Dios*. Es él el que «sacó una vid de Egipto» (Sal 80,9), el que «sacó su pueblo cargado de oro y plata» (Sal 105,43), «con mano poderosa, con brazo extendido» (Sal 136,12). Esta liberación de los hijos de Israel se reconoce como un milagro del Señor (Sal 78,12; cf. 77, 15), «que se acordaba de la palabra sagrada que había dado a su siervo Abrahán» (Sal 104,42).

El Éxodo se celebra además como memorial de la *constitución del Pueblo santo*, «su santuario» y «su dominio» (Sal 114,1; cf. Lv 20,26). Pero esto no impide acordarse también de las primeras manifestaciones de infidelidad: «la incomprensión de las maravi-

llas», «el olvido de las acciones de Dios» (Sal 106,7; 78,11); el Sal 106 cuenta toda la historia de estos pecados de Israel.

Los acontecimientos del Éxodo se cuentan a veces con todo detalle, y otras solamente se evocan. Las *plagas de Egipto* (Sal 78,42-51; 105,27-36; 135,8-9; 136,10) están a menudo presentes. La *cena pascal* está curiosamente ausente, a no ser en la mención de las «maravillas memorables» (Sal 111,4). Al contrario, el *paso del mar* se describe y se celebra en formas épicas; Dios «increpó al mar Rojo, y se secó» (Sal 106,9); «los condujo por el abismo como por tierra firme» (Sal 106,9; 78,13; 77,20-21 que ilumina a 78,52-53); «las aguas cubrieron a los atacantes, y ni uno solo se salvó» (Sal 106,11; cf. Sal 136,15); «entonces creyeron sus palabras, cantaron su alabanza» (Sal 106,12). Se establecen relaciones entre esta travesía del mar y la *creación* (Sal 104,7; 18,16), así como con la travesía del Jordán para tomar posesión de la Tierra prometida (Sal 114,3-5).

La *marcha por el desierto* se recuerda a menudo en los salmos. Se habla de la nube con la que Dios guió a su pueblo (Sal 78,14; 105,39); del agua que dio el Señor cuando «hendió la roca en el desierto» (Sal 78,15-16; 105,41; 114,8); del maná (Sal 78,23-25; 106,15) y de la carne (Sal 78,27) que se convierte en trampa (Sal 78,30-33). Todos estos dones se asocian a la infidelidad y a las murmuraciones de Israel, que se recuerdan sin complacencia alguna (Sal 78,17-19.32; 106,7.14-15.32-33).

La *revelación del Sinaí* está prácticamente ausente..., lo cual resulta extraño. Apenas se menciona el *don de la Ley* en relación con la salida de Egipto en el Sal 81,5-6.10. Existen sin duda otras alusiones (Sal 99,6-7; 103,7-8.18; 111,5.9; 147,19-20), pero son poca cosa. Y si se medita ampliamente sobre la Ley en los salmos 19,8-15 y 119, se hace sin referencia al acontecimiento del Sinaí.

La *entrada en la Tierra prometida* se celebra sobre todo como don hecho por Dios a su pueblo (Sal 44,2-

4; 47,4-5; 78,54-55; 80,9-12; 105,44; 135,10-12; 136,17-22). Pero ese don no se realiza tampoco sin tentaciones ni rebeliones, que se subrayan de nuevo (Sal 78,56-64; 106,34-43).

## EL SALTERIO Y LA MONARQUÍA

En el *Cuaderno bíblico* nº 83 se consagró un capítulo al *Reino de Dios y realeza en los salmos*. Nos bastará con recordar su contenido: «Hay muchos salmos que hablan del rey: desde una simple mención en un versículo hasta una plegaria completa del rey o por el rey. En algunos salmos, el fiel que habla parece ser el rey mismo (por ejemplo en el salmo 118), aunque no se explicita con claridad. Consideramos aquí como “salmos reales” tan sólo a los que se refieren directamente a una función real, agrupándolos según las circunstancias para las que se utilizaron en la liturgia. Distinguiremos la entronización y el advenimiento del joven monarca (Sal 2 y 110), su matrimonio (Sal 45), su salida para combatir, su regreso victorioso (Sal 20; 21) o talmente su derrota (Sal 89,39-52), sin olvidar algunos salmos sobre el gobierno real o la dinastía (Sal 72; 101; 132) [...]. Suelen agruparse bajo el título de «salmos del reino» la serie de los salmos 47, 93 y 96-99... Todos ellos cantan esta realeza del Señor» (pp. 42-44).

Se observará igualmente la mención de los *acontecimientos de la monarquía* en Israel. La instauración del reinado de David en sustitución del de Saúl, mencionada en el Sal 78,67-72, se celebra además en el Sal 89,20-22. En los vv. 3-4 de este salmo, así como en los vv. 21-38, es evidente el recuerdo del oráculo dinástico de Natán (2 Sm 7,8-16). El Sal 132,11-12.17-18 puede ser considerado, por otra parte, como el «eco lírico» de esta profecía, decisiva para la filiación davídica.

Ninguno de estos salmos reales puede considerarse como mesiánico propiamente hablando; pero, utilizados después de la caída de la monarquía, no pudieron ser comprendidos ni releídos más que en

función de la espera de un Mesías, descendiente de David. El Sal 110 es el salmo más citado en el Nuevo Testamento. El Sal 2 se le aplica a Cristo en Hch 4,27 y otros lugares; lo mismo el Sal 45 en Heb 1,8. Otros salmos, que no son reales en sentido estricto, pero que pueden muy bien expresar las plegarias o los pensamientos del rey, se le aplican también al Mesías Jesús: por ejemplo, los Sal 16 y 22, o algunos versículos de los Sal 8; 35; 40; 41; 68; 69; 97; 102; 118; 119. De la misma forma, se aplican los salmos del Reinado de Dios al reinado de Cristo.

Otras indicaciones nos harán volver a la cuestión de la composición del Salterio. En efecto, varios estudios recientes (R. Ribera-Marine) han puesto de relieve cómo la *agrupación* de los salmos pudo haberse hecho en torno a este tema de la monarquía. A partir de los títulos de los salmos, ya hemos destacado los grandes conjuntos davídicos: Sal 3-32; 34-41; 51-65; 68-70 y 138-145.

Dentro de los dos primeros libros actuales del Salterio se puede pensar sin duda en un corte después del Sal 32, ya que el Sal 33 es el único que no se refiere a David en la serie 3-41. Los dos salmos idénticos 14 y 53 tienen cada uno su lugar correspondiente, el undécimo, el uno a partir del Sal 3 y el otro a partir del Sal 34. Estas dos constataciones nos mueven a reconocer como dos colecciones davídicas los Sal 3-32 y los Sal 34-41, agrupados con los Sal 51-72; la colección de los «hijos de Coré» y un salmo «de Asaf» vienen a intercalarse en la segunda colección.

### ***La primera colección (Sal 3-32)***

Va partida por dos salmos alfabéticos: el Sal 9-10, que no es más que un solo poema (el séptimo de la serie) y el Sal 25, detrás del cual vienen otros siete salmos hasta el final de la colección. Puede plantearse la hipótesis de que hay 4 series de 7 salmos, que tienen en el centro el Sal 18 –tan típicamente davídico con su título, la historización del v. 1 y la alusión de la oración final–, mientras que el Sal 2, salmo real,

serviría de salmo introductorio; esto daría el siguiente esquema:

*Sal 2; 3-10 / 11-17 / 18 / 19-25 / 26-32*

Esto equivale a dos series de 14 salmos. Pues bien, como se sabe, el 14 es el número que se obtiene con los valores de las letras hebreas del nombre de DaVID (4 + 6 + 4).

### ***La segunda colección (Sal 34-41; 51-72)***

Tiene que prolongarse hasta el Sal 72 debido a la firma: «Fin de las oraciones de David, hijo de Jesé» (v. 20). Encierra entonces 30 salmos. La hipótesis más sencilla es pensar que el Sal 34 tiene allí el papel de introducción, lo mismo que el Sal 2 en la primera colección. Tenemos también entonces una estructura posible de dos veces dos septenarios separados por un salmo de carácter particular: el Sal 58 es efectivamente un recuerdo de la realeza de Dios, el Juez que trasciende el poder de los jueces humanos. De aquí el siguiente esquema:

*Sal 34; 35-41 / 51-57 / 58 / 59-65 / 66-72*

En una perspectiva análoga, dentro de los dos primeros libros del Salterio se puede observar que los *salmos reales* tienen una función de eje central: el Sal 2 está al principio, el Sal 72 al final. Es verdad que, al final del primer libro, el Sal 40 no pertenece expresamente a esta categoría, aunque su título lo relacione con ella, pero es posible explicar esto por el hecho de que la colección de los dos primeros libros fue considerada como un todo, tal como atestiguaría la firma del Sal 72, a la que ya hemos aludido. En esta misma línea, se puede advertir igualmente que el tercer libro actual termina también con un salmo real, el Sal 88.

### ***Una última colección (Sal 90-150)***

Puede parecer estructurada en torno a la teología del *Reinado de Dios*, lo cual sería una forma de man-

tener el equilibrio con la teología davídica tan fuerte en el primer conjunto (Sal 2-89), como acabamos de ver. Puede pensarse en la estructura siguiente. Los Sal 90-92 son un prólogo; los Sal 93-118 forman una *primera serie*, inaugurada por los salmos del Reino (Sal 93-100) y cerrada por el Hallel (113-118). El Sal 119 está en el centro. La *segunda serie* comienza con los cánticos de subida (120-134) y termina con la última colección davídica (138-145); los Sal 146 a 150, todos ellos «aleluyáticos», forman el epílogo doxológico del Salterio:

*Sal 90-92; 93-118 / 119 / 120-145 / 146-150.*

Las dos series aisladas de este modo comprenden cada una 26 salmos; pues bien 26 es la cifra de las letras hebreas del tetragrama YHWH (10 + 5 + 6 + 5). Así pues, se ponen bajo el signo del Señor, que es el verdadero rey de Israel. Los salmos de las dos extremidades se responden:

«El **Señor** reina...

La *santidad* es el adorno de tu casa,  
Señor, por días sin término» (Sal 93,1.5)

«Te ensalzaré, **Dios** mío, mi **Rey**...  
Todo viviente bendiga su *santo* nombre,  
por siempre jamás» (Sal 145,1.21)

En la *primera serie*, la mitad la forman los Sal 101-110, en donde los tres primeros y los tres últimos son salmos expresamente davídicos; así pues, en el centro hay dos salmos de historia nacional (105 y 106), enmarcados por un himno al Dios creador (104) y un himno al Dios salvador (107). En la *segunda serie* el Sal 132 marca el centro; la nota es aquí claramente davídica, pero es al Señor en su templo a quien se celebra como protector del rey; los Sal 131 y 133, que lo enmarcan, son los dos salmos davídicos por el título, pero celebran ante todo al Señor de David.

Vemos, pues –aunque este recorrido haya sido demasiado rápido– que la realeza, la del Señor y la de David, acaban llenando todo el Salterio y le dan un estructura y un sentido.

## Dos lenguajes: la lamentación y la alabanza

«A lo largo de mis años de estudio sobre el Antiguo Testamento, en particular sobre los Salmos, he visto cada vez con más claridad que los géneros literarios –Salmos de lamentación y Salmos de alabanza– no eran solamente dos géneros entre otros, sino las formas literarias que caracterizaban al Salterio en su conjunto, relacionados como dos polos opuestos. Así, juntamente, estos dos polos tienden a englobar toda la existencia humana, su crecimiento a partir del nacimiento y su movimiento hacia la muerte. La alabanza de Dios da cuerpo al gozo de existir; la lamen-

tación da cuerpo a la desgracia. Como lenguaje del gozo y lenguaje del sufrimiento, la alabanza y la lamentación son juntamente la expresión de la existencia humana ante Dios» (C. Westermann, *Praise and Lament in the Psalms*, Edinburgh 1981, p. 11; excelente resumen en C. Dieterle, *Foi et Vie*, Cahier Biblique 27, 1988, pp. 81-96).

Profundizando en su investigación sobre los géneros literarios y criticando las divisiones demasiado sutiles y las distinciones en géneros literarios demasia-

do numerosos de los sucesores de Gunkel, C. Westermann ha vuelto a los primeros estudios del maestro y saca de allí nuevas consecuencias. Criticando la interpretación de Gunkel, según la cual el hombre ante Dios se ve inclinado ante todo a pedir y se olvida fácilmente de dar gracias, Westermann indica que la alabanza se encuentra por el contrario en todas las categorías de salmos, incluso en los salmos de lamentación individual o colectiva, que son los más numerosos. No sin paradoja, pero con razón, afirma que es en los salmos de lamentación donde se encuentran las expresiones más fuertes de la alabanza. De esta manera justifica, quizás sin fijarse en ello, el título que se le da al libro en la Biblia hebrea: *Alabanzas*, como si esa fuera en definitiva la última palabra de todos los salmos.

## LOS SALMOS DE LAMENTACIÓN

Es en las lamentaciones individuales donde está más presente la alabanza; en los salmos de lamentación colectiva se encuentra sobre todo en las introducciones (Sal 44,1-3; 85,1-3).

*La lamentación se abre a la alabanza.* En los salmos, cuando un hombre o una comunidad grita a Dios en una situación desesperada, siempre se siente la obligación de recordar los actos salvadores de Dios en el pasado: es la primera forma de la *alabanza, memorial de la salvación* (Sal 22,4-6; 44,1-9; 85,2-4). La confianza se apoya entonces en la historia, y ordinariamente la oración dirigida a Dios va seguida de un «voto de alabanza» (Sal 26,12; 57,8-9). Algunos salmos parece que contienen sólo elementos de queja, pero ninguno está totalmente desprovisto de alabanza (Sal 44,27; 143,8ss); incluso el Sal 88 hace referencia, como un eco, a las «maravillas» (11.13), a la «misericordia» y a la «fidelidad» de Dios (12).

*La lamentación precede a la alabanza.* La alabanza nace a veces simplemente del convencimiento de

que ha sido acogida la lamentación; entonces, naturalmente, ésta se transforma en alabanza (Sal 13,6; 22,24; 28,6). Y al revés, se puede advertir que los salmos de alabanza hacen referencia muchas veces al tiempo de la desgracia (Sal 30,2-4.8-11). De este modo, cada salmo se encuentra en cierto modo entre la lamentación y la alabanza. La alabanza mira al pasado: la ayuda venida de Dios en la desgracia se arraiga en una historia real y sin ilusiones; la salvación concedida en otros tiempos por el Señor se convierte en el resorte de la confianza en la desgracia. Entonces, la última palabra no puede menos de ser la alabanza; la alabanza no puede cesar porque se apoya continuamente en la fe en un Dios que en definitiva no sabe hacer otra cosa más que salvar.

*Los elementos de la lamentación.* En los salmos, el hombre que sufre se siente amenazado en su integridad, pero también en sus relaciones con la comunidad. El mal le viene de los demás; es siempre obra del enemigo. Además, el sufrimiento se vive siempre como un alejamiento, incluso como una ausencia de Dios. La estructura de los salmos de lamentación se articula frecuentemente en tres motivos: la descripción del sufrimiento, el grito contra los enemigos, la queja contra Dios con sus preguntas consiguientes: ¿por qué?, ¿hasta cuándo?

Paradójicamente, la lamentación es una parte esencial de la relación del hombre con Dios; en el tiempo de la desgracia, y más aún en el momento de la catástrofe nacional, se convierte incluso en el único medio para los fieles de estar en contacto, aunque sea conflictivo, con Dios. La rebelión es el lenguaje del hombre cuando cree que Dios está en la fuente de su desventura; pero mientras el hombre se rebeló contra Dios, todavía sigue apegado a él. Uno se hace «impío» cuando deja de dirigirse a Dios; está entonces muy cerca de decir: «No hay Dios» (Sal 14,1).

La lamentación permite al hombre mantener su dignidad de interlocutor de Dios; sin renunciar a existir ante Dios, le permite reconocer sus límites y su fi-

nitud, su rigurosa dependencia, su desgracia. La lamentación es también un lenguaje de protesta contra el opresor; es crítica de la desventura y por eso le impide al hombre resignarse ante la injusticia; lo mantiene en pie en la adversidad.

## LOS SALMOS DE ALABANZA

*La alabanza se arraiga en la experiencia.* La introducción a la alabanza recuerda el anhelo de alabanza de los salmos de lamentación: el salmista puede decir ahora a los demás lo que le ha sucedido e invitarlos a la alabanza: Dios lo ha escuchado y lo librado: «Convertiste mi luto en danzas, me desataste el sayal y me has vestido de fiesta» (Sal 30,12; cf. 40,2-4). Muchas veces lo que Dios acaba de hacer es relacionado con lo que hizo antaño y la alabanza se amplía, se abre además al porvenir, anticipando lo que Dios no dejará de hacer una vez más.

Por eso algunos salmos de alabanza superan la intervención específica y única de Dios hoy, para hablar de Dios y de su acción de forma universal y recapitulativa. Pero semejante alabanza nunca se hace abstracta: sigue arraigada en la experiencia y en la historia de la relación de gracia de Israel con su Dios. Hasta las alabanzas al Dios creador mantienen ese arraigo en una relación histórica. Nos ofrece un buen ejemplo de ello el Sal 113. Después de una invitación a la alabanza (1-3), viene la exaltación de Dios en sí mismo:

«El Señor se eleva sobre todos los pueblos,  
su gloria sobre los cielos.

¿Quién como el Señor, Dios nuestro,  
que se eleva en su trono?» (4.5);

pero viene enseguida el recordatorio:

«y se abaja para mirar  
al cielo y a la tierra» (6),

y los vv. 7-9 vuelven a la acción concreta de un Dios,

que «levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre», y que «a la estéril le da un puesto en la casa, como madre feliz de hijos».

*La alabanza se autentifica en la lamentación.* También aquí resalta la paradoja: la alabanza no puede finalmente conservar su autenticidad más que en su polaridad con la lamentación; sin ese arraigo se separa de la realidad y se pervierte en ideología. Separada de la lamentación, la alabanza se separa de la historia, pierde su inscripción en la memoria concreta de las maravillas pasadas de Dios. Y perder esta inscripción equivale finalmente a perder la relación con el Dios personal que se reveló a los Padres. Por eso la alabanza no es nunca tan auténtica como en los tiempos de calamidad; al contrario, puede resultar peligrosa en tiempos de bienestar, pues corre el riesgo de no ser más que autosatisfacción y manipulación de Dios.

*La alabanza tiene la última palabra.* La alabanza no puede disociarse de la vida (Sal 6,6; 30,10; 88,11-13); es el viviente el que está allí para atestiguar los beneficios de Dios por encima de su desgracia:

«Contaré tu fama a mis hermanos  
en medio de la asamblea te alabaré...

Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,  
hablarán del Señor a la generación futura»  
(Sal 22,23.31; cf. 118,17)

Así pues, la *lamentación* y la *alabanza* son los dos modos inseparables e indispensables del diálogo del hombre con su Dios; son los *dos ritmos de la oración*; los salmos son su instrumento privilegiado. Si se olvida una de las dos, se pierde el equilibrio de la oración. Sin la lamentación, el hombre se escapa de su condición de hombre, se evade del mundo real que no puede existir sin sufrimiento, ya que no está sin pecado. Sin la alabanza, el hombre olvida quién es Dios, su Creador y su Salvador; se olvida de que el Dios de la alianza da la vida incluso desde la cruz, en el corazón de todo sufrimiento humano, Señor y vencedor del Enemigo, de quien la muerte es su última firma.

# ECOS Y RESUMEN DE LA BIBLIA



Como ya hemos tenido ocasión de decir, el Salterio se ha tejido con la historia del pueblo de Israel en su diálogo incesante con su Señor. Esta densidad bíblica de los salmos puede analizarse de dos modos esenciales:

– el *relato en forma lírica* de un acontecimiento narrado en otro lugar por la Biblia, hecho en prosa o de forma poética. A. Caquot habla de «eco lírico», una frase que indica muy bien lo que queremos decir. Para verlo mejor, pondremos el ejemplo del salmo 68.

– el *arraigo* que manifiesta que ciertas expresiones, ciertas fórmulas del salmo, están allí para abrir a

todo un «trasfondo» bíblico, a una tradición larga y multiforme que hace que, por esta fórmula, se evoque todo un mundo bíblico de acontecimientos, pero también de símbolos. Aquí es donde hemos de pensar en el lenguaje de los salmos como en un «lenguaje-red», que atrapa toda clase de resonancias de toda la Biblia y más aún de toda la vida del pueblo de Israel, de la que el texto bíblico no es nunca más que el depósito escrito, necesariamente limitado. Pondremos el ejemplo del comienzo del salmo 23 para mostrar este efecto de *resumen* que enriquece cada uno de los salmos con todo un trasfondo tradicional, sin el cual nos quedaríamos en la superficie de las cosas.

## El ejemplo del salmo 68

Este salmo tiene fama de ser uno de los más difíciles del Salterio. Y puede que esta fama sea justa... Por eso la iluminación bíblica puede resultar muy positiva.

### TEXTOS PARALELOS

El v. 2 es una cita del libro de los Números: «Cuando el arca se ponía en marcha, decía Moisés: “¡Levántate, Señor! Que se dispersen tus enemigos, huyan ante ti tus adversarios”. Y cuando se paraba decía: “¡Descansa, Señor, entre las miríadas de Israel!”» (Nm 10,35). No se ha observado suficientemente que la segunda parte de este versículo podía

corresponder al v. 18 de nuestro salmo, que evocaría entonces una fórmula ritual para el regreso del arca al santuario después de su salida guerrera o... litúrgica.

Los vv. 8-9 son una cita del comienzo del Cántico de Débora: «Señor, cuando saliste de Seir, cuando avanzaste desde los campos de Edom, tembló la tierra, destilaron los cielos y las nubes se deshicieron en agua. Los montes se derritieron delante del Señor, el del Sinaí, delante del Señor, Dios de Israel» (Jue 5,4). Los vv. 6-7 de este Cántico recuerdan los vv. 10-11 de nuestro salmo; sólo han desaparecido las alusiones a los nombres y a los lugares precisos. Tenemos aquí una señal de la universalización del salmo mediante una «des-historización» del contexto. El cántico de

Débora y el relato de la campaña de Taanac que lo precede se muestran efectivamente como la clave de referencia que ilumina la mayor parte de nuestro salmo.

Los vv. 12-17, que son los más oscuros, encuentran su explicación en este paralelismo. El v. 12 se explica como una alusión a la orden de Dios, transmitida a Barac por Débora, de reunir en el monte Tabor un ejército sacado de las tribus de Neftalí y de Zabulón (Jue 4,6.10.14). Las «mensajeras» son sin duda las mujeres de Israel que transmiten la convocatoria, a no ser que haya que comprender: «es el anuncio de un gran ejército», lo cual correspondería muy bien a los diez mil hombres reunidos (Jue 4,10).

El v. 13a. Sabemos por el libro de los Jueces que el rey Yabín, su general Sísara y sus tropas fueron derrotados por los israelitas (Jue 4,15); el Cántico de Débora celebra esto con una repetición de palabras que expresan plásticamente el hecho: «Cascos de caballo martillean el suelo, ¡es el galope, el galope de los corceles!» (Jue 5,22). El salmo expresa este galopar de forma análoga: «Los reyes, los ejércitos *van huyendo, van huyendo*».

Los vv. 13b-14. Los cananeos pensaban coger un buen botín (Jue 5,19), pero son las mujeres de Israel las que se reparten las riquezas conquistadas. El comienzo del v. 14 se explica bien a partir de una circunstancia de la batalla: varios clanes israelitas prefirieron no ir a combatir al lado de sus hermanos. En el Cántico de Débora es la tribu de Rubén la que recibe los mayores reproches de forma sarcástica (Jue 5,15-16). A pesar de esta ausencia, sus hermanos obtuvieron una gran victoria. La continuación del v. 14 resulta bastante misteriosa, pero la imagen de la paloma hace pensar en Israel: así es como Oseas habla del pueblo (7,11; 11,11; cf. Sal 74,19). Se trataría de la descripción imaginaria del botín conquistado a los enemigos, que los israelitas pueden exhibir como trofeo.

El v. 15 celebra esta misma victoria que ha concedido el Señor (*Shaddai*, un título arcaico), refiriendo

un prodigio: la nieve, siempre excepcional en aquellas regiones. Se puede pensar aquí en el texto de Job 38,22-23, que presenta la nieve como «arma» de Dios en los combates, así como las estrellas (Jue 5,21).

Las montañas de los vv. 16-17 son lugares sagrados comparables con «el monte escogido por Dios para habitar» y que, en el contexto histórico en que nos movemos, es el monte Tabor (Jue 4,6.14). Muy pronto debieron pensar en el monte Sión y en el Templo, pero el salmo asocia a ello la montaña por excelencia, el Sinaí (v. 18). Es ella la que da sentido a todas las demás montañas sagradas de Israel: el Sinaí está en el santuario, ya que «de Sión saldrá la ley» (Is 2,3). Tenemos aquí un buen ejemplo de relectura histórica primero y teológica después.

Los vv. 20-28 celebran la victoria en una liturgia solemne en el Tabor. Las alusiones precisas a esta victoria se encuentran en el v. 22; Yael fue evidentemente el instrumento de Dios para aplastar la cabeza de Sísara, el enemigo jurado (Jue 5,26). Los vv. 23-24 celebran de nuevo el triunfo con acentos guerreños, como en el Cántico de Débora. Los vv. 25-28 describen la liturgia. Las tribus que se mencionan, excepto la de Judá, son las que participaron en la batalla: Neftalí y Zabulón (Jue 4,6.10), pero también Benjamín (Jue 5,14), llamado «el pueblo del Señor» (5,13; el testimonio más antiguo de esta expresión). Estas tribus del Norte, de Efraín y de Yizrael, tienen en común la experiencia del Éxodo y de la entrada en Canaán. El añadido de Judá se impone cuando se identifica la montaña con el monte Sión.

Los vv. 29-36. A partir del v. 29, la relectura en función de Jerusalén y de Judá recoge y amplifica la acción de gracias. Las alusiones de los vv. 31-32 parecen de nuevo históricas: designan sin duda a Egipto asociado a Etiopía; pues bien, este país aparece en el horizonte de Israel con los faraones de la dinastía etíope, aliados potenciales frente a la amenaza asiria de Senaquerib; estamos en el siglo VIII, y es entonces

Ezequías el que reina en Jerusalén. La victoria parece aquí más esperada que real; se la celebra como una anticipación propia de la fe en Dios, señor de la historia tanto hoy como ayer.

Los vv. 33-36 terminan el salmo como había comenzado (vv. 4-5), con una gran invitación a alabar al Dios de Israel, «quien da fuerza y poder a su pueblo» a partir del «santuario». Esta palabra, en plural en el original hebreo, «los santuarios», demuestra sin duda la antigüedad de la tradición primera de nuestro salmo: los lugares de culto siguen siendo numerosos en Israel. El monte Tabor es un lugar venerado por las tribus del Norte, aunque el monte Sión se convierta en el lugar central de la celebración, antes de pasar a ser el único santuario legítimo.

---

## INTENTO DE SÍNTESIS

---

¿Cómo resumir las adquisiciones de nuestra investigación? El Sal 68 se nos presenta primero como un himno para celebrar la victoria de Barac y Débora sobre Sisara y Yabín durante una liturgia en el santuario del monte Tabor. Las tribus de Neftalí, Zabulón y Benjamín están allí después de su victoria. Hacen

memoria de su historia común: el Éxodo que las ha conducido desde el Sinaí, lugar en donde Dios las reunió para que fueran «su pueblo» y las condujo por el desierto hasta su país, la montaña de Efraín y la llanura de Yizrael que domina el Tabor. Celebran luego su victoria de hoy. En estos dos acontecimientos el arca de Dios tuvo un papel esencial: caminó al frente de las tropas de Israel. En la liturgia, marcha al frente de la procesión, que siguen todos los fieles al sonido de los tambores y de los cantos de alabanza.

Con el tiempo, el salmo se universalizó para celebrar todas las victorias de Israel; han desaparecido las alusiones a los nombres demasiado concretos. Así pudo recogerse en la liturgia del templo de Jerusalén, sin duda en tiempos del rey Ezequías. El monte Sión sustituyó al monte Tabor; los príncipes de Judá ocuparon un sitio en el cortejo. De la victoria celebrada se pasó a la victoria siempre esperada: la fuerza y el poder del «Dios de las victorias», del «Dios del Sinaí», del Dios del Éxodo, se le ha dado a su pueblo. Ese poder y esa fuerza se imponen a todos los reinos de la tierra, incluso a los más grandes; son la seguridad de las victorias futuras sobre todos los enemigos de Israel, que son los adversarios mismos de ese «Dios que actúa por nosotros».

## El ejemplo del Sal 23,1a: *El Señor es mi pastor*

Podemos escuchar estas palabras como una hermosa imagen bucólica y pastoril, pero se trata de hecho de una de las figuras más ricas de la Escritura (cf. Ph. de Robert, *Le Berger d'Israël. Essai sur le thème pastoral dans l' A. T.*, Cahiers Théologiques 57, Ginebra 1968).

---

### LA EXPERIENCIA DE JACOB-ISRAEL

---

La fórmula «el Señor es mi pastor» aflora varias veces en los salmos. Se encuentra primero en refe-

rencia a las antiguas tradiciones de Israel, en relación con la casa de José:

«Pastor de Israel, escucha, tú que guías a José como a un rebaño, tú que te sientas sobre querubines, resplandece ante Efraín, Benjamín y Manasés» (Sal 80,2-3).

La casa de José, las tribus de Efraín, Benjamín y Manasés parecen invocar, por tanto, al Señor con este título, *Pastor de Israel*, como un título propio. Volvemos a encontrarlo en las bendiciones de Jacob-Israel, concretamente en la que el patriarca pronuncia sobre los dos hijos de José: «[Israel] los bendijo diciendo: “El Dios en cuya presencia caminaron mis antepasados Abrahán e Isaac, *el Dios que ha sido mi pastor* desde mi nacimiento hasta hoy, el ángel que me ha librado de todo mal, bendiga a estos muchachos”» (Gn 48,15; cf. 49,22.24b).

Lo importante aquí es descubrir las raíces de la experiencia y de la vida que están en el origen de esta invocación: Jacob-Israel es un pastor hábil y experimentado (Gn 29-31); es en el corazón de esa destreza de toda una vida donde nace su «denominación» de Dios. «Pastor de Israel» es la tradición de una invocación transmitida por el padre a esa parte de su descendencia que le ha dado Raquel, la mujer amada: José, Benjamín, luego Efraín y Manasés. Y no la ha olvidado esta posteridad.

## LA EXPERIENCIA DEL ÉXODO

Siguió adelante la experiencia de estas tribus. Miqueas la evoca en referencia al Éxodo en donde ellas fueron sin duda alguna, históricamente, las primeras afectadas –pensemos solamente en el papel de José en Egipto: «Pastorea a tu pueblo con tu cayado, al rebaño de tu heredad, que vive solitario entre malezas y matorrales silvestres; que pazca como antaño en Ba-

sán y en Galaad. Como cuando saliste de Egipto, haznos ver tus maravillas» (Miq 7,14-15; cf. Is 63,11)–.

Así se enriquece y actualiza la tradición ancestral: la Casa de José experimentó *como pueblo* la dirección de su Pastor. Se encuentra esta referencia en un salmo:

«Sacó como un rebaño a su pueblo, los guió como un hato por el desierto, los condujo seguros, sin alarmas, mientras el mar cubría a sus enemigos» (Sal 78,52-53; cf. 28,9; 95,7).

Los últimos versículos de este salmo 78 nos indican claramente que se trata a lo largo de todo este texto de la tradición de la Casa de José (v. 67), que se transmitiría a la Casa de Judá, de la que es heredero David. Las palabras se han escogido expresamente en función de esta transmisión:

«Escogió a David, su siervo, los sacó de los apriscos del rebaño; de andar tras las ovejas, lo llevó a *ser el pastor* de tu pueblo, Jacob, de Israel, *su heredad*» (Sal 78,70-71).

David es un pastor como Jacob y se convierte en pastor del pueblo, llamado por sus nombres de Jacob y de Israel, para dejar bien marcado que asume toda la tradición pasada de la Casa de José, y toda la experiencia que ella tuvo de Dios.

## EL TIEMPO DE LOS REYES VISTO POR LOS PROFETAS

El texto principal es evidentemente el capítulo 34 del profeta Ezequiel; relea la historia pasada de la monarquía de Israel y de Judá a través de esta figura del pastor; citaremos al menos algunos versículos: «Esto dice el Señor: “¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿No es el rebaño lo que de-

ben apacentar los pastores? [...] Mi rebaño anda errante por montes y colinas, dispersas mis ovejas por todo el país sin que nadie las busque ni las cuide» (Ez 34,2.6). «Porque esto dice el Señor: “Yo mismo buscaré a mis ovejas y las apacentaré. Como un pastor cuida de sus ovejas cuando están dispersas, así cuidaré yo a mis ovejas y las reuniré de todos los lugares por donde se habían dispersado en día de oscuros nubarrones [...] Las apacentaré en pastos escogidos y pastarán en los montes altos de Israel; allí descansarán en cómodo aprisco y pacerán pingües pastos por los montes de Israel» (Ez 34,11-14; cf. Zac 11,4-17).

Dios había delegado en los reyes sus funciones de Pastor para que fueran pastores y guías del pueblo después de David, pero fueron fallando cada vez más lamentablemente en esta misión. El Señor anuncia su castigo y asegura que él mismo asumirá en adelante las funciones de Pastor: se anuncia así al rebaño disperso el retorno del destierro. En los primeros versículos del Sal 23 se advierte ya el eco de este anuncio, incluso en sus detalles. En adelante los profetas utilizarán esta imagen para hablar de la vuelta del destierro, de este nuevo Éxodo en donde Dios se pone como antaño al frente de su pueblo para llevarlo a la Tierra santa: «Yo mismo reuniré el resto de las ovejas de todos los países por donde las dispersé y las traeré a sus praderas, donde crecerán y se multiplicarán. Pondré sobre ellas pastores que las apacentarán; no temerán ni se amedrentarán, ni volverá a faltar ninguna. Oráculo del Señor» (Jr 23,3-4; cf. 3,15; 50,19).

Vemos aquí cómo Dios, el Pastor de Israel, quiere que se le asocien pastores para apacentar a su pueblo; encontramos así las raíces de una esperanza mesiánica, ya que el retorno del destierro no traerá consigo la restauración de la monarquía. Esta esperanza sólo se cumplirá al final de los tiempos.

Este tema aparece además en los sabios, pero de forma más universalista y más o menos banalizada; es el signo de su permanencia en la conciencia reli-

giosa de Israel: «La compasión del hombre se limita a su prójimo, la del Señor llega a todo viviente. Él repara, corrige, enseña, y conduce como un pastor su rebaño» (Eclo 18,13).

## EL MODELO DE JESÚS

En esta línea sapiencial es como hemos de comprender las parábolas en las que Jesús recoge esta imagen para hablar de la ternura y de la solicitud del Padre, que deja a las 99 ovejas para ir en busca de la extraviada (Mt 18,12-14; cf. Lc 15,3-7). Juan, en su evangelio, en línea recta con el profeta Ezequiel, nos presenta efectivamente a Jesús como el Pastor por excelencia, Mesías y, más misteriosamente, semejante a Dios, el único Pastor: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por las ovejas [...] Yo soy el buen pastor; conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, lo mismo que mi Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él. Y, como buen pastor, yo doy mi vida por las ovejas» (Jn 10,11.14-15).

Finalmente, el Apocalipsis nos mostrará, en una paradoja bíblica y teológica admirable, al verdadero cordero convertido en pastor: «Ya nunca tendrán hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el calor agobiante del sol. El cordero que está en medio del trono será su pastor y los conducirá a fuentes de agua viva, y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (Ap 7,16-17).

Esta larga historia bíblica de la designación de Dios como Pastor, reactualizada incesantemente, es la que hacemos nuestra hoy en la plegaria de los salmos, recordando la plegaria de toda esta cadena de testigos. De este recorrido hasta las raíces de este nombre, *Pastor de Israel*, sacamos una clave de interpretación que vale para todos los salmos: es en la experiencia de un hombre singular y luego en la experiencia de un pueblo a lo largo de los siglos donde se forjó el lenguaje de los salmos.

# Una pedagogía de la experiencia

Todo hombre, si quiere hacer personalmente la experiencia auténtica del encuentro con Dios, puede y debe ponerse «en sintonía» con las experiencias bíblicas, cuyo eco recogen los salmos. Se aprende a vivir y a rezar «por resonancia» mucho mejor que de otras formas. El Salterio es el camino privilegiado para aprender de todos los orantes inspirados, para identificarnos con ellos... El Salterio nos integra en ese pueblo de creyentes a través de los milenios de historia de Dios con los hombres.

Los salmos nos *hacen entrar en la experiencia del pueblo de Dios*. Nos hacen participar de una historia descifrada, comprendida como alianza con Dios a través de la creación y de la salvación. Y entonces todos los acontecimientos de la Biblia, de los que se hace eco el Salterio, pasan a ser *nuestra tradición*, una escuela para nuestra propia vida, para nuestra propia experiencia. Volvamos al ejemplo del salmo 68. A través de ese canto aprendemos que nuestro Dios es un «Dios de las victorias», que sabe caminar con su pueblo el día de sus combates. Aprendemos a discernir la presencia de nuestro Dios en lo cotidiano, a estar atentos a nuestros compañeros de ruta en nuestros éxodos. Aprendemos también a celebrar al Señor a

partir de unas realidades concretas, tanto en nuestras derrotas como en nuestras victorias.

Los Salmos nos *enseñan las palabras de la oración*. Nos dan para nuestra oración —oír y responder a nuestro Dios— palabras cargadas de la experiencia de oración de todo un linaje de orantes. Volvamos al ejemplo del salmo 23. Cuando decimos: «El Señor es mi pastor», encontramos palabras para la invocación que se arraigan en la experiencia del patriarca Israel, en su propia fe forjada durante toda su vida, en la experiencia de todos sus hijos. Además, si puedo repetir sus palabras, puedo también, a ejemplo suyo, con su mismo estilo, forjar las palabras de mi propia invocación: ¿qué nombre daré a mi Dios que sea el fruto de mi experiencia personal de vida y de diálogo con él?

Los salmos nos garantizan la autenticidad de todas las experiencias que forman su entramado. Han sido rumiados, experimentados a lo largo de los siglos por todo un pueblo de creyentes; siguen siendo preciosos e indispensables para nosotros, porque atestiguan la experiencia del pueblo al que Dios habló como a ningún otro, para que todos los pueblos aprendieran su lenguaje.

# ECOS Y RESUMEN DE LA HUMANIDAD



Basta con recorrer el Salterio incluso por encima, para encontrar en cada página a un hombre de carne y hueso, enfrentado con la enfermedad, con la muerte, o transportado por el gozo y la alabanza, solidario con todo un pueblo o perseguido por unos enemigos que atacan contra su libertad, contra su vida. Esta ra-

dicalidad de las situaciones, de las experiencias, llega hasta el extremo y puede parecernos excesiva; en todo caso, nos parece extraña, sobre todo cuando se trata de salmos que son textos de oración. Sin embargo, tenemos aquí una realidad omnipresente en el Salterio; vale la pena explorarla.

## El salmista y su cuerpo

El salmista habla siempre como un hombre que «conoce su cuerpo» y que en cada parte de ese cuerpo tiene la experiencia de la angustia y del gozo, de la gracia y del pecado, de la vida y de la amenaza de la muerte. Pero, no lo olvidemos, cuando habla del cuerpo, ve siempre en él el lugar en que se libra un combate que va más allá del cuerpo. Los creyentes que «gritan» en los salmos integran sin cesar en su oración el lenguaje del cuerpo. El salmista se expresa a partir de su cuerpo, de los síntomas de su sufrimiento, de su angustia. Hay innumerables ejemplos:

«Misericordia, Señor, que desfallezco;  
cura, Señor, mis huesos dislocados.  
Tengo el alma en delirio,  
y tú, Señor, ¿hasta cuándo?» (Sal 6,3-4)

Recordemos que la palabra hebrea traducida por «alma» es muy concreta: es la garganta, por la que pasa la respiración.

«Estoy como agua derramada,  
tengo los huesos descoyuntados;  
mi corazón, como cera,  
se derrite en mis entrañas.  
Mi garganta está seca como una teja,  
la lengua se me pega al paladar» (Sal 22,15-16)  
(Véase también Sal 31,10; 38,8-9; 102,4).

Esta manera de hablar pone de manifiesto cómo, en los salmos y en toda la Biblia, el cuerpo es el lugar primordial en donde el hombre existe ante todo, en donde se experimenta primero a Dios, en donde se realiza el encuentro del hombre con Dios.

La oración se expresa también a través de los gestos: el salmista extiende las manos, se postra en tierra...

«Escucha mi voz suplicante  
cuando te pido auxilio,  
cuando alzo las manos  
hacia tu santuario» (Sal 28,2)  
(Véase también Sal 5,8; 88,10-11; 95,6).

«Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti maduro;  
mi alma está sedienta de ti;  
mi carne tiene ansia de ti,  
como tierra reseca, agostada, sin agua»  
(Sal 63,2; cf. 84,3).

P. Beauchamp ha sabido decir lo esencial en unas cuantas líneas: «El instrumento frágil de la oración, la más sensible de las arpas, el más débil obstáculo a la malicia de los hombres: eso es el cuerpo. Se tiene la impresión de que para el salmista todo se juega allí; no es que le sea indiferente el alma, sino al contrario: el alma no se expresa ni se asoma más que allí. El Salterio es la oración del cuerpo. La meditación misma se exterioriza allí tomando el nombre de “murmullo”. Como el cuerpo es el lugar del alma, la oración atraviesa todo lo que se produce allí. Es el cuerpo mismo el que ora: «Todos mis huesos proclamarán: “Señor, ¿quién como tú?” (Sal 34,10)» (*La prière à l'école des Psaumes, en Concordance des Psaumes*, Cerf, París 1980, pp. x-xx).

## EL SUFRIMIENTO Y LA ENFERMEDAD

Citemos de nuevo a P. Beauchamp: «Lo que hace hablar tan fuerte al sufrimiento en el grito de los Salmos es ese cuerpo que hace al hombre vulnerable, precisamente en el nivel de sus deseos más sencillos. Sin el cuerpo no existiría nada de cuanto amenaza a la serenidad de la alabanza: las guerras, las cárceles, las enfermedades».

En el estado de debilidad y hasta de agonía, que viven y describen los salmistas, aparece una especie de delirio en el que afluyen las imágenes para expresar la

angustia indecible. Al insistir en las imágenes de bestias feroces, de cuernos afilados que desgarran, de grandes gargantas abiertas para tragar, los salmistas llegan a decir con palabras concretas esos grandes terrores que a veces surgen al hombre y lo encierran en sí mismo. El salmista lo sabe: se trata del silencio del encierro dentro de uno mismo lo que engendra la angustia:

«Guardé silencio resignado,  
no hablé con ligereza;  
pero mi herida empeoró,  
y el corazón me ardía por dentro;  
pensándolo me quemaba,  
hasta que solté la lengua» (Sal 39,3-4).

## EL MAL Y EL PECADO

En el mundo de los salmos —que es también el de los evangelios— se considera la enfermedad como un castigo y necesariamente ligada al pecado. Se trata de una forma simplista, inmediata e inaceptable de entender esto (la enfermedad, consecuencia del pecado), pero hay que comprender en ella una verdad profunda para la fe. El hombre de la Biblia afirma así que Dios es creador, señor de la vida; el mal, el sufrimiento son un atentado contra la creación de Dios y la huella en el hombre y en la naturaleza de las fuerzas del mal. La responsabilidad es otra cuestión —decisiva, desgarradora—, pero es ante todo indicación de algo importante: el mal no es nunca el signo de Dios, sino el signo del Adversario, de Satanás. Se comprende entonces que, si confiesa su pecado, el salmista lo haga a partir de la experiencia concreta del cuerpo:

«No hay parte ileso en mi carne  
a causa de tu furor,  
no tienen descanso mis huesos  
a causa de mis pecados;  
mis culpas sobrepasan mi cabeza,  
son un peso superior a mis fuerzas.  
Mis llagas están podridas y supuran  
por causa de mi insensatez»  
(Sal 38,4-6; cf. 31,11).

## LA VIDA Y LA MUERTE

Los salmos nos repiten las grandes verdades de la existencia con un realismo a toda prueba: que toda vida está marcada por la muerte, enfrentada con ella ya desde ahora; que la muerte es el horizonte sobre el que se va tejiendo la vida...

«Mi vida está al borde del abismo;  
ya me cuentan con los que bajan a la fosa;  
soy como un inválido;  
tengo mi cama entre los muertos» (Sal 88,5-6; cf. 89,48).

Y se describe la muerte con imágenes concretas sacadas de la naturaleza: el mar o el monstruo marino, el abismo o la fosa... Tras estas imágenes, la muerte aparece terriblemente presente:

«Me cercaban olas mortales,  
torrentes destructores me aterraban,  
me envolvían las redes del abismo,  
me alcanzaban los lazos de la muerte»  
(Sal 18,5-6; cf. 68,16).

## LA ALABANZA Y EL GOZO

Pero hay otros elementos tan presentes como el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, como la alabanza y la acción de gracias: la exuberancia de la alabanza se impone en todo el Salterio hasta sus últimas

palabras (Sal 150). Y los salmos nos proponen inscribir de nuevo esta realidad en nuestro cuerpo:

«Tengo siempre presente al Señor,  
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,  
se gozan mis entrañas,  
y mi carne descansa serena.

Porque no me entregarás a la muerte  
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción»  
(Sal 16,8-10).

Estos versículos del Sal 16 se recogerán en los discursos de los Hechos de los apóstoles como prueba de la resurrección de Cristo en su cuerpo (Hch 2,27.31; 13,34-37).

Volvemos a encontrarnos aquí con la oración de los gestos, pero esta vez para expresar la alabanza y la fiesta:

«Me alegre y danzo contigo  
y toco en honor de tu nombre, oh Altísimo»  
(Sal 9,3; cf. 31,8; 86,7; 149,3).

«Pueblos todos, batid palmas,  
aclamad a Dios con gritos de júbilo» (Sal 47,2).

«Ensalzad al Señor, Dios nuestro,  
postraos ante el estrado de sus pies:  
Él es santo» (Sal 99,9; cf. 132,7; 138,2).

«Levantad las manos hacia el santuario  
y bendecid al Señor» (Sal 134,2).

## En conflicto con la violencia

Si hay una realidad omnipresente en los salmos es la de los *enemigos*, personales o colectivos, y hasta enemigos de Dios. Se les describe sin complacencias:

«Los malvados tensan el arco,  
ajustan las saetas a la cuerda,  
para disparar en la sombra contra los buenos»  
(Sal 11,2; cf. 71,10-11).

«Guárdame como a las niñas de tus ojos...  
de los malvados que me asaltan,  
del enemigo mortal que me cerca.  
Han cerrado sus entrañas  
y hablan con boca arrogante;  
ya me rodean sus pasos,  
se hacen guiños para derribarme»  
(Sal 17,9-10; cf. 35,15; 69,20-21).

«Mis enemigos mortales son poderosos,  
son muchos los que me aborrecen sin razón,  
los que me pagan males por bienes,  
los que me atacan cuando procuro el bien»  
(Sal 38,20-21; cf. 55,4; 73,8-9; 143,3-4)

## LA ORACIÓN «CONTRA» LOS ENEMIGOS

Es frecuente en los salmos —y no es ésta la menor fuente de escándalo— «rezar contra» los enemigos (cf. P. Beauchamp, *Violence et Bible. La prière contre les ennemis dans les Psaumes*: Documents Episcopat nº 11, 1986). El salmista le pide a Dios un destino fatal para los malos, para los impíos en general:

«Trátalos según sus obras,  
según la maldad de sus acciones  
dales su merecido por lo que han hecho»  
(Sal 28,4; cf. 58,7-11).

«¡Que se acaben los pecadores en la tierra,  
que los malvados no existan más!»  
(Sal 104,35; cf. 140,10-12).

En cuanto a los pueblos enemigos de Israel, el salmista se alegra de su derrota, que se quiere sea sangrienta:

«¡Trátalos como a Madián,  
como a Sísara y a Yabín en el torrente Quisón,  
cuando fueron aniquilados en Endor  
y sirvieron como estiércol para la tierra»  
(83,10-11).

«Ellos, los que andan buscando mi muerte,  
bajarán a las profundidades de la tierra,  
serán entregados a la espada,  
servirán de presa a los chacales»  
(Sal 63,10-11; cf. 149,7-9).

Hay que observar, sin embargo, con P. Beauchamp que «lo que impresiona sobre todo en este conjunto, es que resulta rara la calificación “enemigos de Dios” (cf. Sal 68,2,22; 74,23; 78,66). Lo más ordinario es que el salmista pida que sean castigados los que él llama “mis enemigos”. Se trata de un conflicto en el que está comprometida la vida misma del que solicita ayuda. Por tanto, esto no tiene que confundirse, como podría hacerlo un lector distraído de la Biblia, con una guerra santa en la que se persigue a los que piensan o creen de otra manera. La raíz del conflicto es la de la vida corporal» (*Ibid.*, p. 2).

## EL GRITO CONTRA DIOS

Buscar a Dios, su rostro, su presencia, es la petición más pura que puede brotar del corazón de un fiel; pero ese mismo deseo tiene que sufrir la prueba, la experiencia de un Dios que se oculta:

«¿Por qué te quedas lejos, Señor,  
y te escondes en el momento del aprieto?»  
(Sal 10,1; cf. 13,2-3).

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?...  
Dios mío, de día te grito, y no respondes;  
de noche, y no me haces caso» (Sal 22,2-3).

Este sentimiento de abandono, de ausencia de Dios, se expresa a veces bajo la forma de cuestiones más radicales que acusan a Dios:

«Despierta, Señor, ¿por qué duermes?  
Levántate, no nos rechaces más.  
¿Por qué nos escondes tu rostro  
y olvidas nuestra desgracia y opresión?»  
(Sal 44,24-25; cf. 80,5-7; 89,47)

«¿Vas a estar siempre enojado, o a prolongar tu ira de edad en edad?» (Sal 85,6).

Más aún, el salmista puede llegar a acusar a Dios y a reprocharle su conducta y hasta su crueldad:

«Nos entregas como ovejas a la matanza y nos has dispersado por las naciones; vendes a tu pueblo por nada, no lo tasas muy alto.

Nos haces el escarnio de nuestros vecinos, irrisión y burla de los que nos rodean» (Sal 44,12-14; cf. 69,8-10; 88,16-19).

## Pedagogía de humanidad

La radicalidad de las situaciones, el realismo a ultranza: así es como están hechos gran parte de esos salmos que son nuestros «instrumentos de oración». Puede uno escandalizarse de ello, pensar que es imposible utilizar esos textos para la oración cristiana. «¿Cuándo van a depurarse los salmos? ¿No es una desgracia para la Iglesia rezar con una revelación retrasada?», escribía L. Evely hablando de la oración. Los autores de la reforma litúrgica han querido tener en cuenta este sentimiento de repugnancia que muchos sienten: «Un pequeño número de salmos y algunos versículos se han omitido por las dificultades que podrían suscitar en la celebración del oficio en lengua vernácula» (citado por B. Beauchamp, *Ibid.*, p. 2).

Se puede pensar —y es lo que vamos a intentar señalar— que estas reacciones son superficiales y que no hacen justicia a la profunda humanidad del Salterio, que es la nuestra. Los salmos nos conducen sin cesar a los verdaderos problemas de nuestra existencia.

### RECUPERAR EL SENTIDO DEL CUERPO

Las verdaderas experiencias que hacemos no son nunca puramente intelectuales o espirituales; siempre

implican nuestros sentidos y nuestro cuerpo, marcándonos profundamente, definitivamente a veces. Por otro lado, es frecuente que la «memoria del cuerpo» nos conduzca a estas experiencias decisivas. Esta dimensión corporal de nosotros mismos, nuestra civilización y nuestros hábitos cristianos nos han llevado muchas veces a huir de él, e incluso a rechazarlo. Los salmos nos dan la posibilidad de descubrirlo de nuevo; con su lenguaje concreto, tienen que tomarse al pie de la letra como una oportunidad de hacer revivir en nosotros trozos enteros de humanidad que habíamos dejado anquilosarse.

### *Reaprender nuestro cuerpo para orar*

Hay un aspecto liberador de la oración de los salmos que consiste en vivir las palabras del texto asumiéndolas uno mismo. Hay que dejarse arrastrar por su realismo; no nos atreveríamos a pronunciar espontáneamente esas palabras porque son demasiado fuertes, porque nos comprometen demasiado. Los salmos son la oportunidad para que podamos poner pie en un mundo visto con suspicacia; son la oportunidad de poder «hablar» de lo que hemos adquirido precisamente la costumbre de no hablar. Porque no queremos reconocer que estamos en un cuerpo que

nos ata, que nos retiene, que a veces nos aplasta, pero que ese cuerpo es nuestro único lugar de verdad, nuestra única posibilidad de expresión y de existencia verdaderamente humana, verdaderamente personal.

Los salmos nos proponen también reactualizar en nuestro cuerpo la experiencia del gozo y de la salvación. ¿Nos atreveremos algún día a hacer simplemente lo que dicen los salmistas? ¿Nos atreveremos algún día a «alzar las manos para orar», a «aplaudir» a nuestro Dios? ¿Nos atreveremos a iniciar una danza y a dejar que suba a nuestro cuerpo y a nuestro corazón esa vibración feliz de una liberación, de una salvación que se inscribe también en nuestra carne? Los salmos son la oportunidad de dar de nuevo cuerpo a nuestra felicidad.

### **Reaprender la humanidad de Dios**

Los salmos nos harán descubrir también de nuevo unos rostros de Dios que ni siquiera nos imaginamos, a fuerza de haber oído decir que no eran más que antropomorfismos. Cuando los salmos hablan de la misericordia de Dios (Sal 51,3, por ejemplo), lo hacen con palabras que indican el seno maternal, la capacidad de engendrar, de gestar y de dar vida; resaltan los gestos de cariño, el contacto del niño con su madre (Sal 131,2). Los salmos utilizan todas las posibilidades de las realidades de la vida humana y corporal para decir a Dios. Si Dios tiene un rostro, unos ojos, una nariz, unos oídos, una boca, es para mostrar u ocultar ese rostro, es para ver la desgracia de su pueblo, para escuchar su oración, para responderle y hablar con él. Nunca les engañan las palabras a los salmistas, pero saben bien que sin ellas, sin las realidades humanas que nos permiten captar, no habría más que un Dios de ideas, de abstracciones... ¡y finalmente no habría Dios! Y a los cristianos, que creen en la encarnación de Dios en Jesucristo, no debería resultarles tan difícil comprender y vivir todo esto con los salmistas.

## **DE LA VIOLENCIA AL PERDÓN <sup>1</sup>**

En los salmos puede leerse con claridad un primer esquema, el del *enemigo que trabaja por su propia destrucción*:

«Cavó y ahondó una fosa,  
caiga en la fosa que hizo;  
recaiga su maldad sobre su cabeza,  
baje su violencia sobre su cráneo»  
(Sal 7,16-17).

«Cuando el mal mata al malvado, esto no ocurre desde fuera, como si le hiriera un machete o le cayera un rayo del cielo de forma espectacular. Es solamente la manifestación en el hombre malvado de lo que en verdad es el mal. Hay allí una forma de respeto al ser: el mal no puede producir el bien» (*Ibid.*, p. 7).

Podemos comprender entonces uno de los resortes que son capaces de hacer que evolucione la violencia: «Desde el principio, la oración contra los enemigos implica en el orante una paciencia por la que pone freno al instinto de violencia, en un mundo en el que este instinto se desencadena día tras día. En esta situación en la que se supone que está la víctima, el salmista no pide la bendición para su espada, ni para su arco, ni para sus caballos. Esta práctica tan conocida no es la suya. No le pide a Dios que le haga más fuerte. Su oración lo espera todo sólo de Dios. Es el malvado el que trabaja por su propia perdición y se le pide a Dios este resultado, o se le atribuye una vez caído el malvado: “Él les pagará su iniquidad” (Sal 94,23)» (*Ibid.*, p. 65).

«En esta perspectiva, la oración contra los enemigos puede conservar todo su sentido cuando pide la destrucción de su mal, no la de su persona. Los enemigos serán destruidos cuando se hagan justos. Esta

---

1. Utilizamos aquí varios textos de P. Beauchamp, citados o resumidos.

palabra “justicia”, a la que nos ha conducido nuestra reflexión, está en el corazón de lo que se nos pide en la lectura del Salterio» (*Ibíd.*, p. 7).

## ***El combate de Cristo y de Satanás***

Una segunda observación es la que se deduce de la relectura neotestamentaria de los salmos. En efecto, los primeros cristianos no retrocedieron ante el empleo de los «salmos de violencia» —de los que nos gustaría a nosotros expurgar el Salterio—; «descubrieron allí el esquema de la lucha de Cristo contra sus enemigos. La muerte fue absorbida por la victoria (1 Cor 15,54): este pasaje de Pablo invoca expresamente la Escritura, pero la cita libremente porque podría apoyarse en numerosos textos (alguno de ellos ya citados anteriormente): la imagen de la garganta devoradora, que se devora a sí misma» (*Ibíd.*, p. 7). Así, los enemigos adquieren otra dimensión: se revelan como *figuras del Mal*.

El combate espiritual entre Cristo y el Adversario no es un combate entre ideas, sino que compromete a personas y potencias de este mundo. «En los salmos, esta lucha se sitúa muchas veces entre el pueblo elegido y las naciones paganas, entre el justo fiel y los impíos [...]; los enemigos históricos de los Salmos ya no existen. Pero sigue habiendo ejércitos en lucha, y nosotros formamos parte de ellos. La línea del frente pasa primero por nuestro interior. Las imprecaciones y maldiciones pueden siempre caer sobre la parte de mí mismo que resiste al Reino de Dios. Pasa también por el corazón de los que me rodean, cuyo bien deseo y de los que quiero que sea extirpado todo mal» (*Le Psautier*, pp. 354-355).

Y una tercera observación. Hay un *camino de conversión* que atraviesa toda la revelación y que ha progresado hasta la plenitud de Cristo: de la violencia al amor, de la «oración *contra* los enemigos» a la «oración *por* los enemigos». Hemos de reconocer que te-

nemos que rehacer este camino en su totalidad, desde el comienzo hasta el fin. Algunos gritos de los salmos son quizás de un hombre «primitivo», lejos aún del Evangelio, pero reconocemos inmediatamente que ¡ese hombre está allí, en el fondo de nosotros mismos! Preferiríamos no verlo, pero quizás ese reconocimiento sea el primer paso de la humilde conversión que conducirá al perdón de las ofensas. El que no llega a decir: «Perdónanos como nosotros perdonamos», encuentra al menos en los salmos palabras para confiar a Dios el juicio de los malvados y para escapar así de un primer movimiento de venganza.

## **APRENDER LA SOLIDARIDAD**

Si lo pensamos bien, el lugar de la violencia en los salmos puede orientarnos hacia una *oración solidaria* con nuestro mundo de hoy, donde está tan presente la violencia. «Ese hombre violento a fuerza de verse oprimido existe en gran escala en el mundo de hoy. ¿Acaso no hay por todas partes un clamor que sube hasta Dios? ¿Y acaso ese clamor se preocupa siempre de una regla cristiana de perdón, que muchas veces desconoce y que quizás nunca ha visto practicar? Sin embargo, ese clamor que pide justicia creo que puede ser un clamor sin odio. Cuando acogemos la oración de los salmos, acogemos en nosotros ese clamor que a veces llamamos “imperfecto”: un clamor contemporáneo, un clamor no cristiano, pero un clamor justo».

»Es ahí donde una lectura histórica no bastaría para decirlo todo, si hiciera creer que los Salmos son “antes de Cristo”. La hora de antes de Cristo sigue sonando todos los días en nuestro mundo; y ¿no va a escuchar Dios, que ha recibido en su Cristo el grito a veces bárbaro de los salmos, el grito que se eleva de

la humanidad contemporánea? Pues bien, ese grito es el que se pretende que asumamos nosotros, que lo hagamos nuestro» (*Doc. ep.*, p. 9).

Por otra parte, podemos sentirnos todavía desbordados por la diversidad y la radicalidad de las situaciones humanas descritas y evocadas en los salmos. ¿Cómo ser al mismo tiempo ese hombre enfermo, humillado, enfrentado con la muerte, y ese hombre curado, liberado, que da gracias en voz alta, que danza ante su Dios? Esta diversidad y esta radicalidad pueden invitarnos a *encontrarnos en los salmos con todos los hombres de hoy*; todos los días, cada hora, por todo el mundo. Hay hombres para los que son verdaderas, al pie de la letra, las palabras de los salmos. Acosados, hambrientos, torturados, son una muchedumbre, a pesar de que se sienten solos; desgraciadamente, los salmos no exageran cuando hablan de ellos. La dramatización, la radicalización se convierten en realidad cuando se trata de la historia de la humanidad, de *nuestra* humanidad.

Los salmos nos hacen llegar a ese nivel de oración universal; en vez de hacernos rezar «*por*», nos hacen decir: «*Yo, en lugar de...*». Yo soy delante de Dios ese hombre acosado, hambriento, yo soy la humanidad entera enfrentada con la violencia y con la realidad del mal. La oración de los salmos está ahí para ensanchar nuestra oración, nuestro corazón, hasta las dimensiones del mundo entero. Y está también allí para llevarla a su cumplimiento: todos esos gritos de los hombres, dispersos, aislados, fueron reunidos un día por Aquel que los hizo suyos de una vez por todas. La solidaridad inscrita ya en la oración de los salmos se cumple en la *solidaridad en Cristo*, en su cuerpo que sufre y que muere en la cruz «para reunir a todos los hijos de Dios que estaban dispersos».

«Antes de responder al grito de la desgracia, Dios quiso hacerlo suyo. Jesús selló entonces la unidad de todos los sufrimientos en el suyo propio. Marcó la oración de los salmos como una oración virtual por todos

los hombres y nos dio derecho a que digamos, sin ficción de ningún tipo, «Yo», en lugar de los humillados, a tomar de ellos lo que él mismo tomó» (P. Beauchamp, *Psaumes, nuit et jour*, p. 25; *Salmos noche y día*, Cristiandad, Madrid 1981).

*También por la alabanza*, los salmos pueden hacernos entrar en la solidaridad de la oración. Sea cual fuere nuestro estado anímico, ¿no hemos de ser capaces, según las palabras de Pablo, de «alegrarnos con los que se alegran», sobre todo si su alegría no sabe expresarse todavía ante Dios? Si los salmos tienen un carácter muy específico, éste consiste muchas veces en ser una *llamada a la alabanza*, a la interpe-lación dirigida a otros hombres para que participen de la alabanza al Señor, para que se unan a la fiesta:

«Entonad la acción de gracias al Señor,  
tocad la cítara para nuestro Dios»  
(Sal 147,7; cf. 95,1-2; 100,1-2).

«De este modo, la relación de la alabanza se establece en el espacio de tres personas o de tres polos: el salmista invita a otro a alabar a Dios, un hombre describe lo que es Dios a su prójimo y le invita a participar en el coro, a unirse en un himno con él. Esto es lo que hemos de comprender en la fórmula clásica: «Alabad al Señor», *Laudate Dominum*, imperativo plural que traduce el hebreo *hallelu Yah*. Y se añade: «porque es bueno». En este estribillo tan característico del Salterio están implicadas tres personas, tres polos: un hombre, Dios y el prójimo de ese hombre» (P. Beauchamp, *La prière à l'école des Psaumes*, p. xii).

Nace así la alabanza de un pueblo: uno la entona, se propaga, se va comunicando como una ola y cada uno aprende de su prójimo a repetir las maravillas de Dios. De este modo, con el Salterio, se nos da la oportunidad de hacer entrar a todos los hombres, nuestros hermanos, en una súplica y en una alabanza que se atreven a expresar ante un Dios al que quizás no conozcan todavía o con el que no saben hablar.

# LA LECTURA CRISTIANA DE LOS SALMOS



## Los salmos en el Nuevo Testamento

Los Salmos son el libro de las Escrituras más citado en el Nuevo Testamento: más de 360 citas según las tablas de K. Aland, casi un tercio de las citas del Antiguo Testamento en el Nuevo. La razón es, sin duda, que este libro pareció muy pronto el mejor «resumen» de la Biblia, que contenía en sí todo lo esencial de la historia y de la experiencia del pueblo de Dios.

Hemos de añadir a ello el hecho de que era sin duda un libro muy familiar a todo fiel judío, memorizado y más fácil de utilizar libremente que la Torah, objeto de tantos comentarios. En el Nuevo Testamento se puede observar una doble aproximación a los Salmos (cf. J. Trublet, art., «Psaumes», en *Dictionnaire de spiritualité* XII, 1985, col. 2.552-2.559).

### LOS SALMOS EN LA SINAGOGA

Algunos han querido ver en la distribución del Salterio en cinco libros un indicio de su utilización en el culto sinagoga, en correspondencia con los cinco libros del Pentateuco utilizados para la lectura semanal. Hay 153 perícopas repartidas en tres años, a las que correspondería el número de los salmos (teniendo en cuenta, en la colección actual, a los dos agrupados en uno solo, para llegar a la cifra de 150). Esta hipótesis sólo se apoya en indicios muy frágiles.

Los salmos están presentes en las oraciones diarias de la sinagoga, pero principalmente en las plegarias que encuadran y preparan la recitación de los elementos esenciales que son la *Shema Israel* y la *Amidah*, las Dieciocho Bendiciones (cf. *Oraciones judías*, Documentos en torno a la Biblia nº 18, Verbo Divino, Estella 1990). Resulta difícil

imaginarse que los Salmos tuvieran antes un lugar central y que lo perdieran después.

Los salmos estaban también presentes en las homilías sinagogaes, como todos los Escritos (la tercera parte de la Biblia hebrea). En efecto, se había adquirido la costumbre de abrir la homilía citando un versículo de los Escritos que anunciase el tema; el predicador se remontaba de este versículo al texto de la lectura de la *Torah* iluminada por la lectura de los Profetas (*Hafarah*). De esta forma se lograba rehacer aquella unidad de las Escrituras tan fundamental en la teología y en la práctica de los judíos fariseos.

Parece probable que el Salterio sirviera ya habitualmente en la oración privada personal, que fuera el libro de devoción del judío piadoso, como no dejó nunca de serlo después.

Se trata primero de apoyar una afirmación, de fundamentar una creencia en un *argumento de autoridad*; así, en Ef 4,26: «Si os dejáis llevar de la ira, que no sea hasta el punto de pecar [= Sal 4,5] y que vuestro enojo no dure más allá de la puesta del sol». Se trata una vez más de recoger unas ideas ya expresadas en la Biblia; se llega así a unos textos plagados de reminiscencias: el *Magnificat* (Lc 1,46-55) o el *Benedictus* (Lc 1,68-79) son ejemplos perfectos de ello. Se utilizan también espontáneamente ciertas expresiones o palabras que todo el mundo recordaba.

En segundo lugar, se trata de la *aplicación a Cristo*. Esto se hace de dos modos: unas veces se entiende que el salmo habla *de Cristo*; otras veces es la comunidad la que se dirige a Cristo con las palabras del salmo. Esto puede hacerse simplemente identificando al salmista con Cristo en la interpretación: «Jesús expuso todas estas cosas en parábolas a la gente, y nada les decía sin utilizar parábolas, para que se cumpliera lo anunciado por el profeta: *Hablaré por medio de parábolas, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo* [= Sal 78,2]» (Mt 13,34-35).

## EL EJEMPLO DEL SAL 110,1

«Oráculo del Señor a mi Señor:  
«Siéntate a mi derecha,  
y haré de tus enemigos  
estrado de tus pies»».

Los cristianos del Nuevo Testamento utilizaron la primera parte de este versículo en una línea mesiánica (cf. M. Gourgues, *Los salmos y Jesús - Jesús y los salmos*, Cuadernos bíblicos nº 25, pp. 45-46; 48-52), para expresar su nueva fe y ante todo para proclamar la resurrección: «A este Jesús Dios lo ha resucitado, y de ello somos testigos todos nosotros [...]. Porque

David no subió a los cielos; pero él mismo dice: *Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies*» (Hch 2,32-36; cf. Ef 1,20; Heb 8,1).

La lectura que hace Pedro de este salmo implica varios presupuestos: la aplicación de este versículo al Mesías, la certeza de que éste no puede ocupar un lugar a la derecha de Dios más que después de haber subido al cielo. La experiencia pascual abre el sentido del texto mucho más allá de su lectura inmediata e histórica. Esta misma experiencia es la que encontramos en labios de Esteban en el momento de su martirio: «Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo, mirando fijamente el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la derecha de Dios, y exclamó: «Veo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios»» (Hch 7,55-56).

Del versículo de nuestro salmo no queda más que la alusión «a la derecha de Dios» y su evocación se mezcla con la de la visión del profeta Daniel, cuando habla de un misterioso Hijo de hombre que viene sobre las nubes del cielo (Dn 7,13-14). Es preciso destacar la relación entre estos dos textos en un punto capital. Este vínculo puede sin duda remontarse al mismo Jesús: al menos los evangelistas nos refieren así sus palabras en el momento de la pasión, cuando responde a la pregunta del sumo sacerdote: «El sumo sacerdote siguió preguntándole: «¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?». Jesús contestó: «Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la *diestra* del Todopoderoso y que viene entre las nubes del cielo»» (Mc 14,61-62 y par.). Estos dos mismos textos se asocian en referencia a la glorificación de Jesús y a su última venida..., nueva ampliación de sentido, que precisará la segunda parte del versículo.

Se dará un último paso al identificar a este misterioso «Señor» al que se dirige el oráculo divino de Sal 110,1: de la dignidad mesiánica se pasará a la dignidad divina. Este paso se esboza ya en la carta a los

Hebreos: «¿A qué ángel dijo jamás: “*Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como estrado de tus pies*”?» (Heb 1,13).

Pero sólo se verá expresado con toda claridad en el siglo II, en la Carta de Bernabé: «Una vez más, manifestado en una prefiguración carnal, vemos aquí a Jesús que no es hijo de un hombre, sino Hijo de Dios. Y como David temía, al percibirlo, el error de los pecadores que iban a decir que Cristo era hijo de David, él mismo hace esta profecía: “El Señor dijo a mi Señor: *Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies*”» (XII,10).

La *segunda parte del versículo* fue objeto, en el Nuevo Testamento, de una interpretación tan rica como la primera. Se profundiza la imagen guerrera de los enemigos bajo los pies: el último enemigo que Cristo tiene que someter es la muerte. San Pablo escribe; «Después tendrá lugar el fin, cuando, destruido todo principado, toda potestad y todo poder, Cristo entregue el reino a Dios Padre. Pues es necesario que Cristo reine hasta que Dios *ponga a todos sus enemigos bajo sus pies*. El último enemigo a destruir será la muerte, porque *él ha puesto todas las cosas bajo sus pies* [=Sal 8,7]» (1 Cor 15,24-27).

Encontramos en este texto, con el Sal 8,7, la asociación de dos citas que se iluminan mutuamente al iluminar el misterio de Cristo. Pablo las utiliza de nuevo en la carta a los Efesios: «Es la fuerza que Dios desplegó en Cristo al resucitarlo de entre los muertos y sentarlo *a su derecha* en los cielos, por encima de todo principado, potestad, poder y señorío; y por encima de cualquier otro título que se precie de tal no sólo en este mundo, sino también en el venidero. Todo

lo ha puesto Dios *bajo los pies* de Cristo, constituyéndolo cabeza suprema de su Iglesia, que es su cuerpo y, por lo mismo, plenitud del que llena totalmente el universo» (Ef 1,20-23; cf. 1 Pe 3,22).

Para captar bien todo el alcance de esta relación, hay que recordar los versículos 6-7 del salmo 8:

«Lo hiciste poco inferior a los ángeles, le coronaste de gloria y dignidad, le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies».

Evocando la creación del hombre y su dominio sobre el conjunto del universo al comienzo del mundo (Gn 1,26.28), el salmo remite evidentemente a su continuación: la pérdida de ese pleno dominio por el pecado (Gn 3) y, consiguientemente, la muerte (cf. Sab 2,23-24). Así aparece Cristo como el nuevo Adán restablecido en su dignidad de cabeza de toda la creación: un restablecimiento realizado ya por la entronización de Jesús a la derecha del Padre, pero que todavía está por venir; como indicaba 1 Cor 15,26, todavía queda un último enemigo: la muerte. La carta a los Hebreos atestigua también esta espera: «Cristo, por el contrario, no ofreció más que un sacrificio por el pecado, y *está sentado para siempre a la derecha de Dios*. Únicamente espera que Dios *ponga a sus enemigos como estrado de sus pies*» (Heb 10,12-13).

Este cumplimento es el que nos describen los capítulos 20 y 21 del Apocalipsis. Citemos solamente los versículos que se hacen eco directamente de lo que acabamos de decir: «No habrá y muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido. Y dijo *el que estaba sentado en el trono*: “He aquí que hago nuevas todas las cosas”» (Ap 21,4-5).

# Los salmos en los tres primeros siglos

Parece ser que al principio los salmos no se cantaban en las iglesias cristianas de los dos primeros siglos, sino que eran leídos en las asambleas lo mismo que los otros libros de la Biblia, interpretándolos ya en sentido cristiano. Solamente en el siglo II se muestran las fuentes cristianas suficientemente abundantes para permitir conclusiones un tanto seguras (cf. B. Fischer, *Le Christ dans les Psaumes: La Maison Dieu* 27 [1951] pp. 86-113). Con J. Gelineau (*Les Psaumes à l'époque patristique: La Maison Dieu* 135 [1978] pp. 99-116), se pueden reconocer en este período dos formas de utilización: para las necesidades de la apologetica y de la predicación por un lado, en la oración personal por otro.

---

## LA PREDICACIÓN DE CRISTO

---

Utilizados como lecturas, los Salmos, en la línea del Nuevo Testamento, son comentados entonces por los Padres para anunciar el *misterio de Jesús Salvador*. Esta manera de proceder se encuentra en Justino o en Ireneo, en Hipólito de Roma o en Clemente de Alejandría. Así el salmo 23 se interpreta como un salmo de Cristo buen Pastor. Y el «Sol» del Sal 19 es considerado, desde Justino, como Cristo.

B. Fisher indica también que esta lectura cristiana de los salmos se centra en la *cruz gloriosa*. Por ejemplo, «los Sal 1-3, independientes unos de otros y muy diferentes entre sí, tienen un sonido común, el de la

Cruz, en la piedad africana de los tiempos de la persecución de Decio» (h. 250). El «árbol plantado al borde de la acequia» del Sal 1 es interpretado como el árbol de la vida de donde manan las aguas bautismales. El «Yo mismo he establecido a mi rey en Sión, mi monte santo» del Sal 2 es comprendido como dicho desde lo alto de la cruz, el árbol donde el Señor manifestó su realeza a todas las naciones; fue en el árbol de la cruz donde Cristo murió para resucitar victorioso y pudo decir: «Puedo acostarme y dormir y despertar: el Señor me sostiene» (Sal 3,6). Esta referencia privilegiada a la cruz se encuentra incluso en los añadidos, tradicionales en Egipto, a los salmos 51: «Purifícame con el hisopo *por la sangre del madero*» y 96: «El Señor reina *desde el madero*».

---

## LA ORACIÓN PERSONAL

---

En la oración, desde el siglo II, se está de acuerdo en dos principios básicos: «el salmo es la voz de Cristo al Padre» y «el salmo es la voz de la Iglesia que se dirige a Cristo». Cuando en los salmos se escucha una voz aislada, la de David, la del rey, la del inocente perseguido o la del justo salvado, a los primeros Padres les gusta oír la voz de Cristo. Donde se escucha el grito del pueblo de la alianza, ellos oyen la voz de la Iglesia. El genio de Agustín, en el siglo V, llegará a fundir estas dos perspectivas en una sola y a resumirla de este modo: «El salmo, voz del Cristo total, cuerpo y cabeza».

# Los salmos en la Iglesia de los siglos IV y V

Quizás en el siglo III, y desde luego a partir del IV, el libro de los Salmos parece imponerse como *el libro básico de la oración litúrgica* de los cristianos; las grandes asambleas, las vigili­as del domingo o de las fiestas en todas las iglesias no se conciben sin el canto de los salmos.

Las Iglesias conocen entonces un cambio formidable: se multiplican las conversiones y las consecuencias no son siempre y en todo positivas; el nivel medio de los cristianos baja de categoría. Faltan tiempo y recursos para educar a la masa de los catecúmenos, demasiado numerosos. Para atender a lo más urgente, los obispos organizan un catecumenado mínimo –la cuaresma– con unas exigencias limitadas. Renuncian a exigir a los aspirantes un conocimiento global de las santas Escrituras en sus partes más extensas: el Pentateuco, los grandes Profetas, los Salmos y los Evangelios; se contentan en adelante con exigirles que se aprendan de memoria los salmos. Concretamente esto se hizo a través de un uso masivo del Salterio en la liturgia. Al mismo tiempo, los obispos se encargaron de comentar sistemáticamente los Salmos para los catecúmenos; efectivamente, tenemos por esta época una floración extraordinaria de colecciones de homilías sobre los Salmos.

Una segunda razón para esta invasión de la liturgia cristiana por el Salterio debe buscarse en la caída de aprecio por los himnos cristianos compuestos libremente en las comunidades de los primeros siglos, cuyo contenido doctrinal era a veces poco ortodoxo. Muchos obispos intentaban reemplazarlos y el Salterio les pareció que era un sustitutivo ideal, por ser bíblico e indiscutible.

---

## LOS SALMOS ENTRE LOS MONJES

---

Por esta misma época aparecen en las comunidades –como demuestran numerosos textos– una categoría especial de fieles, los «ascetas» y las «vírgenes». La mayor parte de las veces se trata de hombres o de mujeres que practican en la comunidad local una vida evangélica guardando el celibato y entregándose a la penitencia y a la oración. Son evidentemente los más asiduos en las vigili­as nocturnas, dominicales y festivas, y en las diversas asambleas; aseguran la buena marcha de la salmodia y del canto como lo hará más tarde el «coro».

Evidentemente, los monjes, ermitaños o cenobitas, de los desiertos de Egipto o de Siria harán un gran uso de los salmos para su vida de oración. Las liturgias comunes son muchas veces tan sólo semanales, pero hay un uso privado de los salmos bien atestiguado entre ellos. La práctica es la de una lectura seguida del Salterio, pero como oración. El monje recita el salmo –se sabe de memoria el Salterio– sentado con frecuencia en su celda, luego se detiene, se levanta y se postra en tierra para la oración, generalmente silenciosa, pero que se convirtió más tarde en una verdadera oración sálmica, hecha a partir del contenido del salmo. Está claro que una práctica semejante integra todos los tiempos de la oración: escucha de la Palabra, meditación para rumiar lo que se ha escuchado, y luego respuesta libre bajo la guía del Espíritu, que es la oración propiamente dicha. Esto fue el fundamento de la *lectio divina* de los siglos siguientes. De hecho, las prácticas de las comunidades locales, en las basílicas y en las catedrales, y las de los monjes se irán enriqueciendo mutuamente en el curso de los siglos siguientes.

## LA EXÉGESIS DE LOS SALMOS EN LOS PADRES

La lectura cristiana de los salmos en los Padres de los siglos IV y V ha sido objeto de un estudio casi exhaustivo de M. J. Rondeau (*Les commentaires patristiques du Psautier*, Roma 1982, 1985). Lo mejor que podemos hacer es resumir su método y sus conclusiones.

«La cuestión capital para comprender los salmos es discernir en nombre de quién hay que comprender las palabras que se dicen y a quién van dirigidas»: esta advertencia de Hilario de Poitiers resalta lo que distingue a la interpretación de los Salmos en el vasto campo de la exégesis patristica [...]. Consiste en preguntarse por la identidad de los personajes que aparecen en escena, en particular por la identidad del que habla y, correlativamente, por la del “tú” al que “yo” me dirijo y que es capaz de contestarme [...]. Es en el Salterio donde este método se revela como un método total, colocado al lado de los otros. Lo mismo que ellos [...], supone que Cristo está en el centro, que él es la clave del universo de las personas» (*Ibid.*, II, pp. 7-8). Este método no es de hecho más que una sistematización de una exégesis ya corriente en el Nuevo Testamento: éste pone en labios de Cristo cierto número de versículos sálmicos. Sobre la base de estas indicaciones, los Padres extrapolarán un versículo aislado a todo el salmo, y poco a poco a todos los salmos.

«Este método se aplica de forma muy variable en los diversos autores, en función de la hermenéutica de cada uno. A Diodoro de Tarso y a Teodoro de Mopsuestia, que limitan casi siempre el alcance del profetismo davídico al interior de la antigua Alianza, les sirve para reconocer como locutores al mismo David, que habla en su nombre o en nombre del pueblo, de los judíos del tiempo del destierro, de los del tiempo

de la guerra contra los asirios, de los del tiempo de los Macabeos. No se pone nada en labios de Cristo, excepto algunos versículos del Sal 2. Y al revés, Hilario escucha la voz de Cristo en un número importante de salmos, y que sería sin duda más importante todavía si tuviéramos comentarios suyos sobre los salmos 16, 22, 31, 41, 88 y 109, tradicionalmente puestos en labios de David.

»Eusebio y Atanasio [...] tienen a Cristo por locutor de un número restringido de salmos, aquellos para los que el Nuevo Testamento ofrece una sugerencia explícita en este sentido. Dídimo amplía esta indicación. Agustín, con su grandiosa concepción del *Christus totus*, escucha a Cristo, cabeza o miembros, o cabeza y miembros, en todo el Salterio. En todo esto, el método está al servicio de una precomprensión, ligada a la idea que cada uno se hace del sentido del Salterio, o más exactamente del modo de presencia de Cristo en el Antiguo Testamento [...]. A excepción de los antioquenos [Diodoro y Teodoro], los exegetas antiguos piensan que esta enunciación [de los salmos] por Cristo les da su verdadero sentido. Por tanto, tienen que leerse a la luz de todo lo que sabemos de Cristo. De hecho, se pide esta luz a un pequeño número de lugares de la Escritura, siempre los mismos.

»El locutor que pronuncia estos salmos es asimilado al siervo de Yahvé de Isaías 53, es decir, que el tema del justo doliente se combina con el del justo que sufre por el pueblo [...]; de este modo, la lectura cristiana de los salmos se carga normalmente de un suplemento de sentido, proporcionado por el Déutero-Isaías. Dichos por Cristo, estos salmos no significan ya simplemente que la condición del hombre es tal que, aunque inocente, sufre la injusticia y la desgracia, de forma que sólo tiene su recurso en Dios; significan también que este sufrimiento es padecido por el pueblo pecador, al que recapitula en sí mismo el justo, pagando así su rescate.

»[...] En esta perspectiva se explica que puedan ponerse en labios de Cristo ciertos salmos en donde el locutor habla de sus pecados. El mismo Cristo es perfectamente inocente, pero (lo mismo que el siervo de Yahvé, cuya figura representa) tomó sobre sí los pecados del pueblo, que se hicieron realmente suyos como dicen las fórmulas rigurosas de Pablo invocadas con frecuencia en este contexto: "A quien no conoció pecado, Dios lo trató por nosotros como al propio pecado, para que, por medio de él, nosotros sintamos la fuerza salvadora de Dios" (2 Cor 5,21; cf. Rom 8,3 y Gál 3,13). [...]

»El otro texto fundamental invocado continuamente para explicar los salmos puestos en labios de Cristo es el himno de Flp 2,6-11. Esta combinación sirve aquí principalmente para indicar que ese Cristo que es un hombre, con todo lo que esto supone de impotencia para salvarse a sí mismo y de necesaria apelación al socorro divino, ya que se trata de salmos de lamentación, es sin embargo Dios [...]. Si Cristo se convierte en el locutor de los salmos en los que se expresa la peor miseria de la condición humana, esto corresponde al despojo por el que Dios se hace hombre para que nosotros nos hagamos Dios» (*Ibid.*, II, pp. 393-394).

## Los salmos y Cristo hoy

Recojamos aquí los dos principios de interpretación desarrollados anteriormente: los salmos son «ecos y resúmenes de la Biblia», los salmos son «ecos y resúmenes de humanidad». Hay que añadirlos a la confesión de fe cristiana. Primero creemos que Cristo es la clave de las Escrituras; es lo que atestiguan tanto el relato de los peregrinos de Emaús (Lc 24,13-35) como la concepción paulina de la historia: la presencia de Cristo estaba ya asegurada, bajo forma cuasi-sacramental, en la historia de Israel (1 Cor 10,1-11). Luego creemos que Cristo recapitula en sí a toda la humanidad que es, siempre según la teología paulina, el nuevo Adán.

Como los salmos son el eco de todas las experiencias bíblicas, hablan necesariamente de Cristo. Revelan a Cristo en su *cumplimiento*. Cristo está presente en todo el entramado bíblico de los Salmos, resumen de toda la Biblia. A partir del Cristo manifestado en ese Jesús, del que los evangelios atestiguan que es Señor y que los profetas habían anunciado, a partir de su vida y de sus palabras, es como los salmos se iluminan con una luz nueva, como revelan su verdadera profundidad y como se puede leer verdaderamente en ellos a Cristo, comprendiendo que hablan de él (Lc 24,44).

No se trata ni mucho menos de sobreañadir a Cristo a los salmos. Se trata simplemente de reconocer el *sentido profundo*, oculto en la densidad del entramado bíblico de los Salmos. En sentido estricto, todo el Salterio cuenta el misterio de Cristo entre nosotros, si se le comprende y despliega en toda su riqueza bíblica.

Como los salmos son el eco de todas las experiencias humanas, lamentación y alabanza, traducen un retrato del hombre en su *plenitud de humanidad*, y este retrato resulta que es el de Cristo, verdadero hombre al mismo tiempo que verdadero Dios. También en este caso, no se trata de un sentido sobreañadido, sino del sentido descubierto en la profundidad de humanidad que dicen los Salmos. Si se escucha en el Salterio todo el grito y todo el canto de los hombres, se escucha necesariamente en él la voz de Cristo en su respuesta a Dios, en su diálogo con el Padre.

Si los Salmos son un «resumen» de la Biblia y un «resumen» de la humanidad, es porque son el «cumplimiento» de las Escrituras y el «cumplimiento» de la humanidad, el crisol en donde puede revelarse la plenitud del rostro de Cristo resucitado, clave de las Escrituras y modelo de humanidad, en cuanto imagen perfecta de Dios.

# PARA PROSEGUIR EL ESTUDIO

---

- \* : Lectura fácil
- \*\* : Lectura media
- \*\*\* : Lectura difícil

## Introducciones

\* M. MANNATI, *Orar con los salmos*, Cuad. Bíbl. nº 11, Verbo Divino, Estella 1994.

Presentación de los géneros literarios, con comentario a los salmos 91, 109, 110, 115, 118 y 120-134, 139.

\* M. GOURGUES, *Los salmos y Jesús. Jesús y los salmos*, Cuad. Bíbl. nº 25, Verbo Divino, Estella 1993.

Los Salmos en el Nuevo Testamento: releídos por los primeros cristianos para comprender el misterio del Señor Jesús, y releídos por Jesús para comprender y decir su misión.

\*\* P. BEAUCHAMP, *Los salmos noche y día*, Cristiandad, Madrid 1981, 252 pp.

Sin duda una gran obra sobre los Salmos. El estudio de Sal 22 sirve de "recapitulación". Lectura densa, pero fácil respecto a otros libros del mismo autor.

\* L. MONLOUBOU, *Les Psaumes*, en *Les Psaumes et les autres écrits*, Desclée 1990, 15-87.

Una buena introducción clásica que contiene todos los datos necesarios para un trabajo exegético sobre los salmos. Hay quince páginas sobre la teología de los salmos: una síntesis excelente.

\* J. P. PRÉVOST, *Diccionario de los salmos*, Cuad. Bíbl. nº 71, Estella, Verbo Divino 1992.

Presentación de cuarenta palabras importantes.

\* P. DRIJVERS, *Los salmos. Introducción a su contenido espiritual y doctrinal*, Barcelona, Herder 1962, 286 pp.

Obra que conjuga seriedad con asequibilidad. Exposición sencilla de los géneros literarios del Salterio.

\*\* H. GUNKEL, *Introducción a los salmos*, Edicep, Valencia 1983, 523 pp.

Clásico de la ciencia bíblica. Obra de madurez, pionera en el estudio de los salmos. Para profesores y alumnos.

\*\* V. MORLA, *Libros sapienciales y otros escritos*, Verbo Divino, Estella 1994.

Dedica las pp. 289-456 a una exposición, muy bien lograda, de los aspectos literarios, géneros literarios, teología e historia de la interpretación de los salmos.

## Comentarios

\* L. ALONSO SCHÖKEL, *Los salmos*, Cristiandad, Madrid 1972, 235 pp.

Breve introducción y notas breves de comentario, para posibilitar la mejor lectura del texto.

\* L. ALONSO SCHÖKEL, *30 salmos. Poesía y oración*, Cristiandad, Madrid 1981.

Pone al alcance de todos la posibilidad de saborear algunos de los salmos más característicos del Salterio.

\*\* L. ALONSO SCHÖKEL - C. Carniti, *Salmos*, Verbo Divino, Estella 1994, 1993, 2 vols.

Una gran obra de comentario a cada salmo, atenta a los aspectos literarios y espirituales del Salterio. Dentro de su rigor científico, es fácilmente manejable para lectores de cierta formación.

\*\* A. GONZÁLEZ, *El libro de los salmos*, Herder, Barcelona 1966, 729 pp.

Comentario de cierto nivel a todo el salterio. Buena introducción.

\*\* P. GUICHOU, *Los salmos comentados por la Biblia*, Sígueme, Salamanca 1966, 694 pp.

Buena presentación del contexto bíblico en el que conviene leer cada salmo.

\*\*\* H. J. KRAUS, *Los salmos*, Sígueme, Salamanca 1993-1995, 2 vols.

Obra de consulta básica, de ingente erudición y de amplios vuelos. Se ha tachado al autor de mostrarse menos preocupado por los aspectos religiosos y literarios que por los estrictamente críticos y textuales.

## Estudios particulares

\*\*\* H. J. KRAUS, *Teología de los salmos*, Sígueme, Salamanca 1985, 292 pp.

Obra de consulta básica, profunda, erudita. Exposición, audaz por la ingente tarea que conlleva, de las encrucijadas teológicas del salterio.

\*\* J. ENCISO, «Indicaciones musicales en los títulos de los Salmos», en *Miscelánea B. Ubachs*, Montserrat 1953, pp. 185-200.

\*\* J. ENCISO, «Los títulos de los Salmos y la historia de la formación del Salterio», en *Estudios Bíblicos* 13 (1954), pp. 135-166.

Aunque superados ya sus planteamientos, algunos de los datos que ofrece pueden resultar útiles.

\*\*\* L. ALONSO SCHOKEL, *Estudios de poética hebrea*, Juan Flors, Barcelona 1963, 544 pp.

Esfuerzo pionero en el ámbito de la investigación bíblica sobre el singular fenómeno de la poesía hebrea. Gran parte del estudio se refiere a los salmos.

\*\* L. ALONSO SCHOKEL, *Manual de poética hebrea*, Cristiandad, Madrid 1987, 252 pp.

Recoge, sistematiza y pone al día la obra anterior.

## Análisis estructural

Han sido especialmente los biblistas franceses los que han atendido a este aspecto de la exégesis de los salmos. Entre ellos mencionamos:

\*\* J. N. ALETTI y J. TRUBLET, *Approche poétique et théologique des psaumes*, Cerf, París 1983, 198 pp.

Iniciación a un método que utiliza las ciencias del lenguaje. Análisis de las estructuras de 120 salmos y estudio de los códigos y mensajes que subyacen tras las imágenes y figuras de los salmos.

\*\*\* M. GIRARD, *Les Psaumes. Analyse structurelle et interprétation*, Bellarmin/Cerf 1984-1995, 3 vols.

Análisis de los procedimientos de composición de los salmos a partir de sus estructuras. Una obra técnica, llena de riquezas, pero de difícil acceso.

## Aproximación litúrgica

\* N. FÜGLISTER, *La oración sálmica*, Verbo Divino, Estella 1976.

\* J. GELINEAU, *Traité de la psalmodie. Église qui chante*, A. S. A., París 1991, 72 pp.

Un libro más interesante para los que cantan los salmos que para el biblista. Encierra ideas sugerentes sobre la poesía, el lenguaje simbólico y la lectura cristiana de los salmos.

## Los Salmos y los Padres

\*\* L. ALONSO SCHOKEL, «Interpretación de los salmos hasta Casiodoro»: *Est. Bibl.* 47 (1989), pp. 5-26.

\*\* A. ROSE, *Les Psaumes, voix du Christ et de l'Église*, Lethielleux, París 1981, 286 pp.

Muestra el lugar que ocupa el Salterio en la teología neotestamentaria y patristica.

# *LISTA DE RECUADROS*

---

David y los Salmos en la tradición judía	13
Los Salmos fuera del Salterio	25
Los Salmos en la sinagoga	56

# Contenido

---

Los Salmos: ¡a la vez extraños y familiares, a la vez desconcertantes e insustituibles! Estos poemas de la oración de Israel han sido utilizados siempre por los cristianos, porque los rezaron antes Jesús y los apóstoles. Desde hace más de 2.000 años, los creyentes encuentran en ellos las palabras para cantar su alabanza y su gozo, pero también para lanzar sus súplicas y gritar su dolor. Un biblista benedictino, Matthieu Collin, comparte aquí su experiencia y su amor a los salmos: propone un aprendizaje para «entrar en los Salmos».

<b>Entrar en los Salmos</b>	<b>5</b>	<b>Ecos y resumen de la Biblia</b>	<b>42</b>
- Del grito a la escritura	5	- El ejemplo del salmo 68	42
- La estructura de los Salmos	6	- El ejemplo del Sal 23,1a:	
- La poesía hebrea	8	<i>El Señor es mi pastor</i>	44
- El simbolismo del Salterio	11	- Una pedagogía de la experiencia	47
- Cinco ejemplos de lectura: Sal 1; 51; 85; 119 y 146	15	<b>Ecos y resumen de humanidad</b>	<b>48</b>
<b>Cuestiones en torno a los Salmos</b>	<b>24</b>	- El salmista y su cuerpo	48
- Cuestiones preliminares	24	- En conflicto con la violencia	50
- El texto	26	- Pedagogía de humanidad	52
- La composición del Salterio	28	<b>La lectura cristiana de los Salmos</b>	<b>56</b>
- La atribución del Salterio a David	29	- Los salmos en el Nuevo Testamento	56
- La fecha de composición de los Salmos	31	- Los salmos en los tres primeros siglos	59
- Los géneros literarios	33	- Los salmos en la Iglesia de los siglos IV y V	60
<b>La oración de un pueblo</b>	<b>36</b>	- Los salmos y Cristo hoy	62
- El Salterio, memorial de un pueblo	36	Para proseguir el estudio	63
- Dos lenguajes: la lamentación y la alabanza	39	Lista de recuadros	65